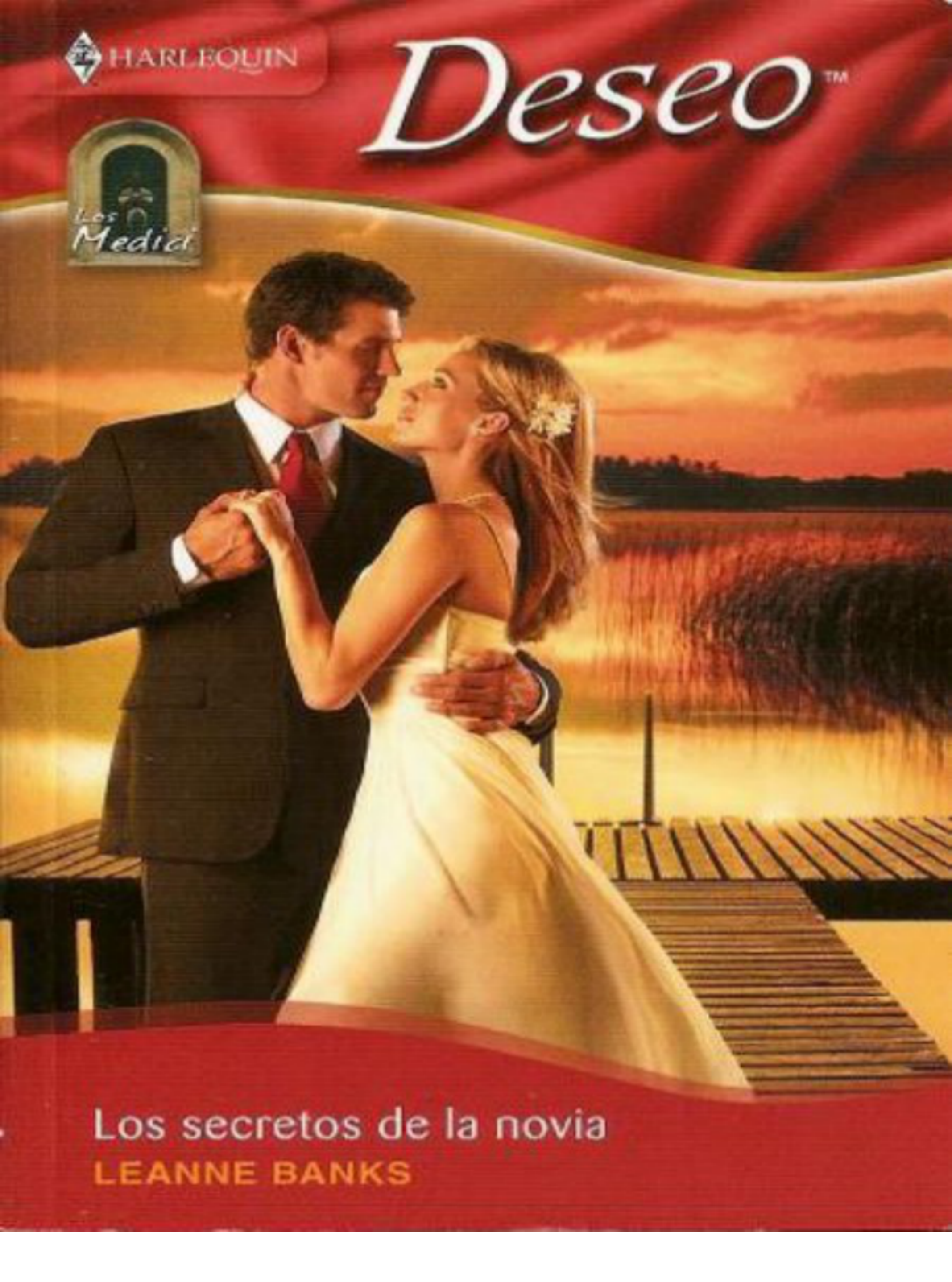

HARLEQUIN
Deseo™
Los Medici
Los secretos de la novia
LEANNE BANKS

Los secretos de la novia

Leanne Banks

Los secretos de la novia (2010)
Serie: Los Medici
Título original: Secrets of the playboy's bride (2010)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1727
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Leonardo Grant y Calista French

Argumento:

Lo que necesita un millonario
Una cosa era el éxito, y otra muy diferente, ser aceptado de verdad. Durante toda su vida, Leonardo Grant había deseado ser más de lo que sus duros orígenes le habían permitido. Después de hacerse millonario, pensó que la solución estaba en casarse con la mujer adecuada para ganarse el respeto que el dinero no podía darle. Cuando vio a Calista French, supo que ella era su complemento ideal, pero su encuentro había sido preparado meticulosamente… y no por él. ¿Qué tenía planeado aquella mujer tan "perfecta"?

Capítulo Uno

Leonardo Grant agarró a la mujer por los brazos, absorbió su impacto femenino y disfrutó de su pelo rubio y sus seductoras curvas antes de sentir que algo frío y húmedo le corría por el pecho.

-Vaya -dijo la rubia con expresión contrita, mirando del vaso vacío a su camisa-. Lo siento mucho. No suelo ser tan torpe. No he mirado por dónde iba. Vaya buscarte una servilleta.

A pesar del incidente, aquella mujer emanaba clase. Eso no debía haberlo sorprendido, ya que estaban en una de las fiestas benéficas más exclusivas de la ciudad. Leo se preguntó quién sería su pareja. Una mujer tan bella no podía estar sola.

-No te preocupes -dijo con naturalidad-. Yo mismo iré a buscada.

-Es que me siento fatal. Y tú debes de sentirte todavía peor, con la camisa empapada -replicó ella, llamando a un camarero.

Cautivado por sus nervios, Leo permitió que lo ayudase mientras la estudiaba de la cabeza a los pies. La melena rubia y sedosa, que le llegaba a los hombros, enmarcaba un rostro ovalado de ojos verdes, nariz respingona y sensual boca. Bajó más la vista y se fijó en el cuerpo, delgado, pero curvilíneo. A juzgar por sus bíceps, debía de hacer ejercicio. El vestido sin tirantes dejaba a la vista la parte superior de unos pechos cremosos y le marcaba la delgada cintura. La apertura de la falda le permitió intuir unas bonitas piernas.

Ella frunció el ceño mientras le limpiaba la pechera.

-Tal vez podamos encontrar otra camisa -sugirió. Leo contuvo una carcajada. Podía tener allí otra camisa en cinco minutos si quería, pero ella era mucho más interesante.

-Lo soportaré -le dijo-, pero sí deberíamos reponer tu copa.

-No lo sé -dudó ella-. Tal vez el hecho de haberte tirado la margarita a la camisa deba hacer que me lo plantee, aunque fuese la primera que me bebía esta noche.

Leo se encogió de hombros.

-Si no has conseguido beberte la primera -le dijo, tendiéndole la mano-. Soy Leo Grant. -Calista -respondió ella, estrechándole la mano-.

Calista French. Eres muy comprensivo. De verdad siento lo ocurrido.

Su apellido le sonaba, así que Leo intentó recordar de qué. Había oído tantos nombres a lo largo de los años. Aunque después de escaparse, había intentado olvidarlos todos.

-No hace falta que te disculpes más. Me has sacado del aburrimiento.

Ella lo miró a los ojos durante unos segundos.

-No pareces ser de los que se permiten aburrirse.

-No -admitió él, sintiendo que la atracción los golpeaba a ambos-. De todos modos, no tenía pensado quedarme mucho rato más.

-Qué suerte -le dijo ella en voz baja-. Yo soy miembro del equipo que patrocina la fiesta, así que no podré marcharme, al menos, hasta más tarde. Si aguanto, es sólo porque creo en la causa de este año, la de los niños maltratados. Y en mi opinión, en segundo lugar debería estar el programa de tutorías para jóvenes de zonas urbanas deprimidas.

-¿Eres tutora? -le preguntó Leo, sorprendido de que una mujer como ella quisiera pasar su tiempo con jóvenes desfavorecidos.

-Por supuesto -respondió ella con sensualidad-. ¿Tú no?

-Podría serlo. Tal vez podrías contarme algo más acerca del programa si vamos a tomar algo, o a cenar un día -se sacó una tarjeta de visita del bolsillo y se la puso en la mano.

Calista se mordió el labio y lo miró.

-Puedo pedirle a la directora del programa que te llame. Ella conoce las necesidades específicas mejor que yo.

-¿Estás rechazando mi invitación a cenar? -le preguntó Leo.

Ella se aclaró la garganta.

-Me han enseñado que una mujer no hace nunca la primera llamada. En especial, después de haberle tirado una copa encima a un hombre. Ahora, tengo que irme. Ha sido un placer.

Leo observó cómo se alejaba, apreciando la curva de su espalda. Así que no quería dar el primer paso. Eso no era un problema. Aunque no tenía su número de teléfono, no tardaría en conseguirlo. Calista French despertaba su curiosidad. Cuando se trataba de mujeres, Leo siempre conseguía lo que se proponía. Por desgracia, en cuanto eran conscientes de su riqueza, todas se desvivían por complacerlo. Llegado ese punto, él enseguida se aburría, pero Calista lo intrigaba. Además de las cualidades que saltaban a la vista, le había gustado el sonido de su risa y el brillo de sus ojos. Pensó que últimamente había trabajado demasiado, le vendría bien una distracción. Y aquélla no parecía de las que se dejaban impresionar demasiado por el dinero. Era evidente que provenía de buena cuna, todo lo contrario que él. En el fondo, Leo siempre había buscado a la mujer perfecta para que lo enderezase.

Calista se alejó de uno de los hombres más ricos del mundo con el corazón acelerado. Respiró hondo y aceptó la botella de agua que le ofrecía el camarero de camino a la otra punta del gran salón. No solía beber alcohol porque siempre tenía que estar en guardia desde que su padre había fallecido. Siempre había demasiadas cosas en juego.

El tiempo le diría si aquel tanteo de terreno con Leonardo Grant había tenido éxito. Era el tipo de hombres a los que les gustaban los retos, y ella llevaba los dos últimos meses planeando cómo convertirse en su reto. Era más guapo en persona que en las pocas fotografías que había visto de él en los periódicos. Era alto, con el pelo moreno y los ojos negros, y tenía un aire peligroso ..

Calista sabía que era muy generoso con las causas caritativas. Era

probable que estuviese haciendo su propia penitencia por lo que su padre había hecho. Pocas personas sabían que Leo Grant era hijo del fallecido, y no llorado, Clyde Hawkins. Tal vez Leo tuviese dinero suficiente para borrar la mayor parte de su pasado, pero ella tenía una fotografía de Clyde Hawkins y del chico que habían arruinado a su padre. El chico de la foto era Leo Grant que, aunque no lo sabía, iba a ayudada.

El sábado por la tarde, Calista aparcó su viejo BMW delante de la casa de su prima Sharon, tal y como hacía todas las semanas. Allí, a dos horas de Filadelfia, se habían aislado sus hermanas gemelas del escándalo que había causado el caos en sus vidas un año antes.

Calista sonrió al ver las bonitas flores. A pesar de tener un hijo propio, Sharon y su marido, Walter, habían acogido a sus hermanas con el mismo cariño con el que lo hacían todo. Calista subió las escaleras y llamó a la puerta.

-¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Oyó un grito seguido de pasos. La puerta se abrió y aparecieron su hermana Tina y Justin, el hijo de Sharon, dándose empujones.

A pesar de que Tina tenía diecisiete años y Justin casi quince, los dos aprovechaban cualquier oportunidad para competir de manera amistosa.

Su otra hermana, Tami, apareció detrás de ellos con actitud más fría.

-Como si importase quién llega antes -comentó bostezando-. Cal, ¿puedes llevarme a que me haga una manicura y una pedicura? Tengo las uñas hechas un desastre.

-Yo prefería ir a los karts -intervino Tina.

-Yo apoyo a Tina -intervino]ustin-. Volvería a ganar yo.

Tami puso los ojos en blanco.

-Tina siempre se sale con la suya. Yo me quedaré mirando.

-Quizás podamos hacer las dos cosas -dijo Calista-. Ir primero a los karts, y después a la manicura. -Las manicuras tardan demasiado, no aguanto sentada tanto -comentó Tina-, pero me haré una pedicura.

-Ya mí podías dejarme tomándome un helado.

Está de camino.

Sharon apareció en la puerta, sonriendo.

-Cal, cariño, no sabía que estuvieses aquí. Calista abrazó a su prima.

-Casi no me ha dado tiempo ni a llamar, con estos dos -dijo ella.

Sharon despeinó a su hijo.

-No debería sorprenderme. ¿Qué planes tenéis para hoy? -preguntó después.

-Karts y manicura -contestó ella.

-Menuda mezcla -dijo Sharon-. ¿Puedo hablar contigo un momento antes de que os marchéis?

-Claro -respondió Calista, entrando en casa-. Y Justin puede venir con nosotras a los karts y a tomar un helado -añadió.

-Umm. Ya veremos -respondió Sharon mientras conducía a Calista al porche trasero-. ¿Quieres beber algo?

Ella negó con la cabeza. -Estoy bien así. ¿Qué ocurre?

-Se trata de Tami -le dijo Sharon en voz baja-. La he pillado fumando otra vez y no me gustan sus amigos. Además, anoche llegó muy tarde y creo que le olía el aliento a alcohol.

A Calista se le hizo un nudo en el estómago. Su mayor meta había sido siempre que sus hermanas creciesen en un ambiente seguro y sano hasta que llegase el momento de ir a la universidad. Dado que Sharon era ama de casa y que Walter, su marido, no ganaba mucho dinero, Calista mantenía a sus hermanas desde que había terminado sus estudios, tres años antes.

Las gemelas iban a terminar el instituto ese año y ella estaba decidida a que fuesen a la universidad que quisiesen, a su costa. Luego estaba la complicación añadida del asma de Tami. Los gastos en medicinas y seguros hacían que Calista no pudiese ahorrar más para el futuro de sus hermanas.

-Hablaré con ella -dijo-. Sé que ocupar el lugar de sus padres no es fácil.

-Walter y yo las queremos mucho. Ojalá tuviésemos más dinero para mantenerlas -añadió Sharon con tristeza-, pero cuando me casé con un carpintero ya sabía que no viviría con muchos lujos.

-Yo creo que lo hiciste muy bien. Tienes amor, que es mucho más de lo que tendremos muchos -comentó Calista, sabiendo que el amor no formaba parte de su propio futuro.

-Hablando de amor, no puedo creer que ningún hombre te haya pedido salir -dijo Sharon.

-Es posible que haya conocido a alguien especial últimamente -respondió ella-. El tiempo lo dirá.

-Venga, cuéntame algo más. ¿Es bueno? ¿Divertido? ¿Guapo?

Calista sonrió ante las prioridades de su prima.

El dinero no estaba en la lista.

-Es demasiado pronto. No quiero gafarlo. Horas más tarde, después de ir a los karts, de que Tami se hiciese la pedicura y Tina se tomase un helado, volvieron a casa y Calista enganchó a su hermana Tami antes de que desapareciese.

-Eh, ¿qué prisa tienes? -le preguntó, agarrándola de la mano-. Siéntate un rato en el porche conmigo antes de que me marche.

-Se supone que va a llamarme Graham -dijo ésta, refiriéndose a su último novio.

-Ya hablarás con él cuando me haya ido -respondió Calista.

-Si Sharon me deja -murmuró la adolescente-. Vaya cumplir

dieciocho años en agosto, pero me trata como si estuviese en preescolar.

-Exageras un poco -le dijo Calista en tono seco.

Su hermana la miró de reojo.

-Agosto llegará antes de que te des cuenta, y tendrás que irte a la universidad.

-Libre por fin -exclamó Tami.

-Siento tener que recordártelo, pero tendrás que estudiar más que nunca -le advirtió Calista-. ¿Qué tal van las cosas últimamente? -le preguntó después.

Tami la miró con recelo.

-Te lo ha contado Sharon, ¿verdad?

-¿El qué?

Tami suspiró y apartó la vista.

-Que ha vuelto a pillarme fumando. Le rogué que no te lo contase.

-¿Por qué? Pensaba que tú y yo estábamos unidas.

-Y lo estamos, pero no quería que te enfadases conmigo.

-No me enfado. Me preocupo. Sabes que tienes asma, no deberías fumar. Sólo quiero que estés bien, feliz -la abrazó-. Es lo único que he querido siempre.

Tami cerró los ojos.

-He estado pensando mucho en mamá. Ojalá no hubiese muerto.

-Sí -dijo Calista, apartándose un poco para mirar a su hermana a los ojos-, pero nos tenemos las unas a las otras. No lo olvides nunca. Si necesitas algo, llámame. Y prométeme que estarás bien.

-Prometido -dijo ella-. Faltan dos semanas para el baile de fin de curso. ¿Vas a llevarnos a comprar los vestidos el sábado que viene?

-No me lo perdería por nada del mundo -admitió Calista.

En el camino de vuelta a Filadelfia, Calista siguió preocupada por su hermana. Tami y Tina tenían personalidades opuestas. Tina era de fácil trato en la vida diaria, pero competitiva en los deportes y en las notas. Podría conseguir becas, pero haría falta más dinero. Tami se implicaba mucho en las relaciones sociales y había que ayudarla a centrarse en los estudios. Por suerte, las dos eran inteligentes y habían sido aceptadas en la universidad. Calista sólo necesitaba conseguir los cientos de miles de dólares necesarios para hacer su sueño realidad.

Leo leyó la información acerca de Calista French por tercera vez. No le había mentido. Pertenecía a la empresa que había patrocinado la fiesta, se había graduado con matrícula de honor en la universidad, trabajaba como analista para una agencia de seguros y colaboraba en varias organizaciones benéficas. Sus padres estaban muertos; y sus dos hermanas vivían a un par de horas de allí.

Su pasado era intachable, salvo el fracaso económico de su padre y su posterior muerte. Al parecer, el padre de Calista había sido muy mal

gestor, pero, no obstante, Leo recordaba vagamente que Clyde había tenido algo que ver con un hombre apellidado French.

Miró la fotografía de Calista y recordó su sonrisa y su risa. Se maldijo, le picaba la curiosidad. Tal vez no fuese sensato cortejar a una mujer cuya vida se había visto negativamente afectada por su tutor, pero Leo estaba más cansado que nunca de depender siempre de su pasado. Tomó el teléfono y marcó el número de Calista.

-Hola. Soy Leo Grant. Me dijiste que no harías tú la primera llamada, así que he decidido hacerla yo. -Qué sorpresa. ¿Cómo has conseguido mi número?

-Tengo mis métodos. ¿Te importa que lo haya hecho?

-No, no me importa -contestó ella.

Leo sonrió y sintió que la adrenalina le corría por las venas.

-Bien. He reservado mesa esta noche a las siete en Antoine's. Le diré a mi chófer que te pase a recoger cuando tú me digas.

-Lo siento, pero esta noche no puedo.

Leo se sintió molesto, no estaba acostumbrado a que lo rechazasen.

-¿Y mañana por la noche?

-Mañana sí puedo, pero no hace falta que me mandes un coche. Puedo ir en el mío.

Calista colgó el teléfono y tachó en su mente dos tareas de la lista.

A la tarde siguiente, una reunión en el trabajo casi hizo que llegase tarde, pero se dio prisa y agradeció que su madre la hubiese obligado a ir a una escuela de protocolo.

Entró en Antoine's y le pidió al maitre que la acompañase hasta la mesa de Leo. El hombre asintió.

-Su acompañante está en el bar -le dijo.

Calista levantó la vista y, al descubrir a Leo mirándola, se le hizo un nudo en el estómago. No cabía ninguna duda de que era muy guapo, aunque lo que más la afectaba era su manera de mirada. Tenía una fuerza que la atraía a pesar de odiar a su padre por lo que le había hecho a su familia. Le sonrió mientras se acercaba a ella.

-Hola -lo saludó.

-¿Tienes hambre? -le preguntó Leo mientras el maitre los conducía a una mesa situada en un rincón, al lado de la ventana.

-Lo tendré en cuanto consiga recuperar la respiración -contestó Calista.

-¿Has tenido un día muy ocupado? Ella asintió.

-y siempre hay alguna pequeña crisis al final del día. ¿Qué tal tú?

-Acabo de cerrar un trato con una empresa en China. Eso me mantendrá ocupado una temporada. ¿Qué quieres beber? ¿No te debo una margarita? -sugirió con picardía.

Ella rió.

-Gracias, pero esta noche prefiero una copa de vino. ¿Qué tipo de

negocios haces? -le preguntó, a pesar de que ya sabía mucho acerca de él. Entre otras cosas, había averiguado que le gustaban las mujeres de buena familia, educadas y rubias. Por suerte, no había tenido que teñirse.

-Barcos y transporte.

-Internacional, ya que acabas de hablar de China -comentó ella.

-Hoy en día es necesario, con la globalización de la economía. ¿Y tú?

-Soy analista en Collier Associates. No me encanta, pero tengo un jefe estupendo.

-¿Y qué es lo que te encanta? -preguntó él en tono meloso.

-La astronomía, pero ahora que llevo un par de años trabajando, he decidido dejarlo para mis ratos libres.

-Así que te gusta estudiar las estrellas. Interesante. ¿Cuánto tiempo hace que tienes la cabeza en la atmósfera superior?

Ella sonrió con la broma.

-Más o menos desde siempre. Cuando era niña, pedí que me regalasen un telescopio. Muchos niños los dejan abandonados en el ático. Tú pareces un hombre con los pies en el suelo. ¿Qué hiciste con el telescopio que te regalaron a ti?

-Nunca me lo regalaron -contestó él-. No tuve niñez.

Aquello la sorprendió.

-¿Qué? Todo el mundo tiene niñez. A no ser que seas un extraterrestre.

Él sacudió la cabeza.

-Para mí, la vida empezó a los dieciséis. Pero ya hemos hablado bastante de mi aburrido pasado. Me gustaría saber más cosas de ti.

Leo tenía más encanto de lo que ella había pensado, pero podía habérselo imaginado. Al fin y al cabo, siempre había sido un estafador, un experto en el arte del timo.

Después de que el camarero les hubiese llevado la bebida, un hombre se acercó a la mesa. Calista pensó que le resultaba familiar, pero no supo quién era. Se preguntó si sería un conocido de Leo, pero no entendió que la mirase a ella.

-Calista French. Cuánto has crecido. TodaVÍa me acuerdo de ti cuando eras una niña -le dijo el hombre-. Soy William Barrett. Fui socio de tu padre.

Calista sintió que la sangre se le bajaba a los pies.

William Barrett había intentado hacerse con el patrimonio de su padre y, después de que éste falleciese, había perseguido a su madre. Calista puso cara de póquer.

-Espero que esté disfrutando de la cena. Es un restaurante muy agradable, ¿verdad? -Sí, lo es. ¿Qué tal está tu madre?

-Mi madre falleció hace varios años.

Barrett arqueó las cejas.

-Vaya, lo siento. Sabía lo de tu padre, por supuesto, pero...

Sin decir nada, Calista tomó su copa de vino y contuvo las ganas de tirársela a la cara.

-No te cae bien ese hombre, ¿verdad? -le preguntó Leo cuando se hubo marchado Barrett. -¿Tanto se me ha notado?

-Te has puesto pálida.

-Trató muy mal a mi familia durante una época difícil.

-Entonces le diré al camarero que le tire una copa de vino tinto por encima -dijo Leo.

Aquella sugerencia la animó.

-Seguro que no lo haría a propósito -contestó ella, sintiendo vergüenza por haberle tirado la margarita a él.

-Normalmente mi asistente no permite que se me acerque nadie en lugares públicos, pero he dejado que se acercase este hombre porque pensaba que era amigo tuyo. La próxima vez, no cometeré el mismo error.

Aunque Calista había crecido con muchas comodidades, jamás había oído que su padre tuviese a nadie para que hiciese ese trabajo. Miró a su alrededor. -¿Está tu asistente aquí esta noche?

Él asintió e hizo señas con la mano. Un hombre moreno, de mediana edad, se acercó a ellos. -George, ésta es la señorita French. Preferiríamos que no volviesen a interrumpirnos durante el resto de la cena.

-Señorita French -la saludó George inclinando la cabeza.

-George, encantada de conocerte -le dijo Calista, ofreciéndole la mano.

Él se la dio, aunque parecía un tanto incómodo.

-Es un placer conocerla, señorita -luego, se giró hacia Leo-. Espero que disfrute de la cena, señor.

George se giró con las manos enlazadas detrás de la espalda, creando una barrera entre ellos y el resto del salón.

Calista suspiró aliviada. Barrett no volvería a acercarse a ella esa noche.

-¿Y qué le dice a las personas que intentan acercarse a la mesa?

-El señor Grant y su invitada desearía disfrutar de su cena sin interrupciones. Gracias por su consideración -recitó Leo.

-¿Y alguna vez no ha funcionado? -quiso saber ella-o ¿Y si no le hacen caso?

-Eso sólo ha ocurrido tres veces. Entonces, George dice: insisto. Y si eso no funciona, George es ex boxeador, pero vivía en la calle cuando lo conocí. También es mi entrenador personal.

-¿Es tu guardaespaldas? -preguntó Calista sorprendida.

Leo rió.

-Qué va. Es el mejor amigo que he tenido. Quería sacarlo de la calle y el único modo de hacerlo era dándole trabajo. ¿Te sorprende?

-Sí -hizo una breve pausa-. De manera muy positiva.

Él levantó su copa y golpeó la de ella.

-Porque no vuelvan a interrumpirnos.

Un par de horas más tarde, Leo la seguía hasta la calle. Era alto y se movía con gracia. Emanaba confianza, fuerza y misterio a pesar de que Calista conocía su secreto. Notó cómo entrelazaba sus dedos con los de ella.

-Ven a mi casa a tomar una copa -le dijo, mirándola a los ojos.

A ella se le hico un nudo en el estómago, aquello la había pillado desprevenida.

-No puedo, tengo el coche -contestó.

-Uno de mis chóferes lo recogerá -respondió él.

Calista estaba sintiendo un calor por todo el cuerpo que la aturdía.

-Tengo que trabajar mañana -después, recordó que tenía planeado seducido-. ¿Lo dejamos para otro momento?

Él se inclinó y le dio un beso. Calista dejó de respirar.

-Sí -contestó Leo-. Te acompañaré a tu coche. Ella dudó, no quería que viese que era un coche viejo.

-Insisto -añadió él.

Pasaron al lado de un mendigo y Leo puso un billete de veinte dólares en la lata que tenía delante. -Cuídate -le dijo.

-Gracias -respondió el hombre.

Leo la miró y debió de darse cuenta de que estaba sorprendida.

-En otras circunstancias, podría estar yo en su lugar.

A Calista le dio la sensación de que hablaba desde la experiencia. Se preguntó quién era aquel hombre. Era distinto de como ella se había imaginado.

Llegaron a su coche en el garaje y una limusina se detuvo a su lado.

-No te preocupes. Es George. También es uno de mis chóferes -le dijo Leo-. ¿Seguro que no puedo convencerte para alargar un poco más la noche? -Probablemente podrías -respondió ella, sorprendida al darse cuenta de que le faltaba el aliento. Tenía un plan. No podía sentirse atraída por él-, pero espero que seas bueno y me animes a descansar para poder enfrentarme al duro día de trabajo que me espera mañana.

-¿Que sea bueno? No sé si eso es posible -le dio un beso-. Me gustaría que vinieses este fin de semana a mi casa del lago -murmuró contra sus labios.

Calista suspiró.

-No puedo. Tengo planes para el sábado.

-Cancélalos.

-No puedo, de verdad. Les prometí a mis hermanas pequeñas llevarlas de compras -sonrió-. ¿Quieres venir? Sería una oportunidad

para vivir más de cerca el drama de la adolescencia femenina.

-Suena tentador, pero creo que voy a pasar. ¿Estarás libre el sábado por la noche?

-Sí. ¿Por qué?

-Porque podemos irnos al lago entonces. En mi helicóptero. Dime que sí.

Ella lo miró a los profundos ojos marrones y se dijo que debía ser cauta.

-Sí -contestó, preguntándose si no estaría cometiendo un grave error.

-Bien -Leo miró su coche y frunció el ceño-. No puedes volver a casa en este coche.

-¿Por qué no? -preguntó ella antes de darse cuenta de que le habían rajado las ruedas-. Oh, ¡no! ¿Están todas...?

Leo comprobó las cuatro ruedas.

-Las cuatro -asintió. Luego, miró el coche que estaba a su lado-. Han rajado las de todos los coches de este lado. Malditos gamberros -murmuró, haciendo un gesto a George para que se acercase.

Calista pensó en lo que le costaría cambiar las cuatro ruedas, tanto en tiempo como en dinero. -George, va a hacer falta remolcar el coche de la señorita French a un taller para cambiar las ruedas. Llévalo al nuestro.

-No, no es necesario -dijo ella.

-Insisto -respondió Leo-. Puedes quedarte esta noche en mi piso. Está a un par de manzanas de aquí.

Calista sintió pánico.

-Qué tontería. No hay ningún motivo por el que no pueda dormir en mi casa esta noche.

-El coche no estará arreglado hasta por la mañana -la contradijo él sonriendo de medio lado-. No te preocupes. No estarás a solas conmigo. Tengo servicio.

Capítulo Dos

Unos minutos más tarde estaban subiendo en el ascensor al ático de Leo, que estaba situado en un lujoso edificio. Una mujer los saludó en la puerta.

-Buenas noches, señor Grant. ¿Desearía tomar algo?

-¿Quieres otra copa de vino? -le preguntó él a Calista-. ¿O una margarita?

Ella lo miró de soslayo. -Sólo agua, por favor.

-Agua para los dos, Brenda. Gracias.

-Es muy bonito -comentó Calista mirando a su alrededor.

-Está bien para cuando paso mucho tiempo en la ciudad -dijo él encogiéndose de hombros-. También tengo una casa en las afueras, pero voy menos. Esto es más cómodo.

Brenda volvió con el agua y Calista se bebió su vaso de un trago.

-¿Estás disgustada con lo de las ruedas? -le preguntó Leo, mirándola fijamente.

-Un poco, aunque no haya sido nada personal. Y estoy pensando que vaya tener que levantarme muy temprano para poder pasar por casa antes de trabajar. Debería irme ya a la cama.

-Puedes elegir entre dos camas. La de invitados, o la mía -sugirió él en tono seductor.

-No creo que en tu cama durmiese mucho -contestó ella, conteniendo la tentación-. Y lo que más necesito es dormir.

-Si tú lo dices -dijo él, inclinándose a darle otro beso en los labios.

El perfume de Calista se quedó en el salón después de que ella se hubiese marchado a la habitación de invitados. Leo todavía tenía el sabor de su boca en los labios, pero quería más. No recordaba haber deseado tanto a una mujer. Quería que pasase la noche en su cama.

Calista era la mujer con la que siempre había soñado. Elegante, educada, pero cariñosa. Con ella a su lado, podría moverse por cualquier círculo social. Y sería un activo para su negocio.

Sí, podría satisfacer sus necesidades, dentro y fuera de la cama.

El helicóptero sobrevoló el este de Pensilvania y aterrizó en un helipuerto al lado de un lago y de lo que parecía un complejo residencial.

Unos minutos después iban hacia una lujosa mansión de tres plantas con vistas al lago.

-Está bien para descansar, ¿no crees? -comentó Leo mientras entraban en la enorme casa.

-O para algo más -admitió ella.

Leo la guió hasta el salón desde el que se veía el lago y ella pensó que no le importaría morirse allí, disfrutando de la puesta de sol.

-Es precioso. ¿Cómo consigues marcharte de aquí?

Las vistas son... -no tenía palabras para continuar.

-Me pongo nervioso cuando estoy demasiado tiempo en el mismo lugar -contestó Leo-. Además, siempre tengo trabajo.

-Umm -dijo ella, mirándolo a los ojos -. Si tú lo dices.

-Me parece que tú tampoco eres de las que está mucho tiempo en el mismo sitio -rió él.

-Tal vez no -aunque sus motivos no eran los mismos-, pero este lugar podría tentarme.

-Me alegro. Nos van a servir la cena en la terraza. Langosta y carne.

Una mujer se acercó a ellos.

-Denise te indicará dónde está tu habitación mientras yo hago unas llamadas.

Denise la condujo a una bonita habitación con una cama enorme, decorada en tonos pastel. Calista pensó que era tan agradable que se habría podido quedar a vivir allí el resto de su existencia si no fuese porque tenía muchas responsabilidades. Empezó a relajarse. Durante unos segundos, se sintió segura.

Se sobresaltó al oír que llamaban a la puerta. No podía olvidar por qué estaba allí.

-¿Sí?

-El señor Grant le informa de que la cena está servida -le dijo Denise.

-Gracias.

Denise la condujo hasta un porche con un calefactor. La noche estaba despejada y se veían todas las estrellas.

-Es precioso -murmuró.

-Sí -admitió Denise-. El señor Grant no tardará.

Calista se sentó al lado del calefactor y escuchó el ruido que hacía el agua al chocar contra la orilla. No podía haber nada mejor que aquello.

Leo apareció y ella lo miró a los ojos.

-Esto es el paraíso. Por mucho que tengas que trabajar, no entiendo cómo consigues marcharte de aquí.

-¿Te gusta?

-¿Cómo no va a gustarme? El paisaje es precioso, tienes todas las comodidades -suspiró-. ¿Y te has fijado en las estrellas? -comentó Calista, levantando la vista al cielo.

-Tal vez tenga un telescopio con el que puedas enseñármelas tú.

Una camarera llevó una bandeja con comida y les sirvió.

-Tiene una pinta deliciosa.

-No más que tú -le dijo Leo.

Ella se mordió el labio y bajó la vista al plato.

-¿Por qué decidiste construir esta casa si nunca te quedas en ella?

-Porque echaba de menos el agua. Echo de menos el mar -contestó Leo.

-¿Pero no has pasado toda tu vida en Filadelfia?

-No. En realidad, tengo pocos recuerdos del mar. Es algo que no puedo explicar. Una sensación.

Ella frunció el ceño, probó la langosta.

-Pero dijiste que no habías tenido niñez.

-Eso es. Ya he dicho que es algo que no puedo explicar. Como si hubiese sido en otra vida .

-Calista le dio la sensación de que Leo no quería hablar más del tema, así que contuvo su curiosidad. Tenía otro trabajo que hacer.

-Gracias por haberme invitado. Después de ir de compras con mis hermanas, esto es un alivio.

-¿Las ves mucho?

-Casi todas las semanas -contestó ella-. Son el amor de mi vida.

Leo alargó la mano por encima de la mesa y tomó la suya.

-¿Por eso no estás casada? -le preguntó.

-Es más complicado, supongo que todavía no he encontrado al hombre adecuado.

-Descríbemelo.

-Un hombre con buena cabeza, buen corazón y que esté loco por mí.

-No parece tan difícil de conseguir.

-Te sorprendería lo difícil que es. ¿Y tú? ¿Cómo es tu mujer ideal?

-Alguien con más clase que yo, que me ayude a limar mis defectos -contestó-. Si es guapa tampoco pasa nada. Y que sea sincera. Aunque no estoy seguro de necesitar casarme.

-Eso les ocurre a muchos hombres -dijo ella. Se preguntó cómo podía querer a alguien sincero cuando él era un mentiroso.

-¿No estás de acuerdo?

-Yo creo en la familia. Y el matrimonio forma parte de la familia.

Después de la cena, dieron un paseo por el embarcadero. El teléfono de Leo sonó y él miró quién lo llamaba.

-Lo siento, pero tengo que responder. No tardaré. Tiene que ver con mis negocios en China.

Calista se alejó de él, pero lo oyó hablar en tono duro.

Un minuto después, Leo estaba a su lado. -¿Por qué tengo la sensación de que van a cortarle a alguien la cabeza en Hong Kong? -le preguntó.

-Cuando alguien intenta engañarme, lo lamenta. Calista sintió un escalofrío. Se preguntó en cuántas ocasiones habría engañado el padre de Leo a otras personas, y cuántas veces habría participado éste en los engaños.

-¿Te he asustado? -le dijo Leo atrayéndola hacia él-. Deja que te haga olvidar esa desagradable llamada de teléfono.

Su calor la rodeó y sintió deseo.

-Leo -empezó.

Él se inclinó a besarla en el cuello.

-Estoy seguro de que toda tu piel es deliciosa -murmuró-. Lo supe nada más verte. Dame tus labios -le pidió besándola en la boca y levantando la mano para acariciarle un pecho.

Emanaba fuerza y sensualidad y era evidente que deseaba poseerla.

Calista tenía muchos motivos para detestarlo, pero se sentía más atraída por él que por cualquier otro hombre. No pudo evitar llevar los brazos a su cuello, arquearse hacia él.

Lo besó y él la besó a ella, metiéndole la lengua en la boca. Calista sintió calor. Las caricias de Leo eran tiernas, pero al mismo tiempo tenían una violencia que la excitaba todavía más.

Lo oyó gemir.

-Vamos a la casa. Quiero tenerte en mi cama. Sus palabras la confundieron. Se apartó de él e intentó recuperar la respiración. Quería estar con él en la intimidad. Lo deseaba. Pero tenía un plan.

Respiró hondo e hizo acopio de valor.

-Quiero... -empezó, pero no pudo seguir mirándolo a los ojos tan de cerca-. Me temo que no lo vas a entender.

-¿El qué?

-Quiero acostarme contigo, pero no puedo -dijo enseguida. -¿Por qué?

-Te va a parecer muy anticuado, pero quiero esperar al hombre con el que me case. No quiero cometer el error de entregar mi corazón al hombre equivocado.

-¿Me estás diciendo que quieres reservarte al matrimonio? Ése es un truco muy viejo.

-Sabía que no lo entenderías. Me marcharé mañana por la mañana -contestó ella, girándose para volver a la casa con los brazos cruzados sobre el pecho.

Era lo único que se le había ocurrido para convencer a Leo de que se casase con ella enseguida.

Tres segundos más tarde, notó que la agarraba de la mano.

-No tan rápido.

Calista se detuvo, sorprendida, buscó su rostro.

-Al menos deberías darme la oportunidad de intentar hacerte cambiar de opinión. O deberías intentar hacerme cambiar a mí -le dijo él.

Ella negó con la cabeza, el corazón le latía a toda velocidad.

-No quiero engañarte. Me has dicho que no permites que nadie lo haga. Creo que lo mejor es que me marche mañana por la mañana.

Él se llevó su mano a los labios.

-No me siento decepcionado, ni engañado. Sólo estoy sorprendido. No es algo habitual.

-Lo sé, pero he visto a muchas amigas cometer errores y arrepentirse después. Soy una mujer a la que le gusta el compromiso,

aunque entiendo que no sea eso lo que busques tú. Le ocurre a la mayoría de los hombres -añadió para picarle, sabiendo que no le gustaría que lo comparasen con nadie.

-Yo no soy como los demás -respondió él-. Te acompañaré a tu habitación y ya veremos cómo van las cosas.

Calista abrió la boca para decirle que lo había juzgado correctamente, pero él se la tapó.

-Insisto -dijo con la voz más sexy del mundo.

Después de acompañarla a su habitación, Leo salió al balcón, todavía excitado por su sabor, su olor y el tacto de su piel. Era la primera vez que una mujer no quería acostarse con él, y el hecho de que ella lo hubiese hecho sin malicia, de que no quisiera manipularlo, lo excitaba aún más.

Muchas mujeres habían intentado engañarlo para casarse con él. Alguna había fingido estar embarazada, pero él siempre había tenido cuidado. No tenía ningún interés en casarse. O, al menos, no lo había tenido hasta entonces. En esos momentos, le parecía buena idea comprometerse con Calista. Era una mujer pura. Representaba un comienzo nuevo.

Miró hacia el lago y pensó en darse un baño para aplacar el calor de su cuerpo. ¿De verdad quería formar una familia? ¿Podía hacerla? Había tenido una niñez horrible, siempre preparado para soportar la ira de su padre, esperando a que le hiciese algo terrible. Y había ocurrido varias veces, hasta que se había escapado.

Se preguntó cómo sería ser amado por una mujer como Calista. Tenía la sensación de que era de las que se casaban para siempre. Estaba muy comprometida con sus hermanas. Y poseía una fuerza que lo atraía como una luz en la oscuridad.

Le sorprendió estar barajando la posibilidad de casarse con ella. Casi no la conocía. No obstante, sabía que era diferente. Ella había crecido en una familia llena de amor, poseía la clave de algo que él llevaba muchos años buscando.

Se pasó la mano por el peso. No se trataba sólo de sexo. Se veía capaz de llevársela a la cama sin pasar por el altar. Sospechaba que se entenderían muy bien allí.

Pero, por algún extraño motivo, no podía decidirse a seducirla pensando sólo en su placer. No, quería que Calista estuviese convencida de que era él el hombre al que quería. El hombre al que no podía rechazar. Quería que fuese ella la que lo buscase.

A la mañana siguiente, después del desayuno, la llevó a dar un paseo en barco.

-El agua está preciosa -comentó ella cuando se detuvieron cerca de otro embarcadero. -¿Quieres darte un baño? -le preguntó él.

-No lo sé. ¿Está muy fría?

-Eso depende de si tú eres de sangre fría o de sangre caliente -contestó Leo mientras se quitaba la camisa-. Vamos.

-No sé. Prométeme que me sacarás si me congelo.

-Prometido -contestó él, viendo cómo se quitaba la camisa y se quedaba con un bikini que contenía sus cremosos pechos.

Se los imaginó desnudos y se preguntó de qué color y tamaño serían los pezones.

Calista se quitó los zapatos. Tenía los pies bonitos y llevaba las uñas pintadas de rojo. A Leo le gustó aquel detalle salvaje. La vio quitarse los vaqueros y se fijó en las tentadoras curvas de su cadera. Tuvo que zambullirse de inmediato en el agua para aplacar el deseo. Cuando salió a la superficie, Calista lo miraba desde el barco.

-¿Cómo está de fría?

-No tanto como para que nos convirtamos en dos icebergs.

-Menudos ánimos me das.

-¿Tienes miedo?

Ella apretó los labios y levantó la barbilla.

-Por supuesto que no -dijo antes de saltar-. Dios mío, me has mentido -protestaba segundos después-. Está helada.

-Bueno, la de la piscina de casa está más caliente -admitió él-, pero podría estar peor.

-¿Cuándo? ¿En enero?

Leo rió.

La estela de un barco que pasaba cerca la golpeó y Calista se agarró a él, con miedo en los ojos. -¿Estás bien? -le preguntó Leo, preocupado, apretándola contra su cuerpo-. No dejaré que te ahogues. ¿Tienes miedo?

-En una ocasión, cuando era adolescente, una amiga me invitó a ir al lago. Su padre nos llevó a dar un paseo en barco. Yo no lo sabía, pero, al parecer, el hombre bebía demasiado. Hacía mal día y me caí del barco y me di un golpe en la cabeza.

Leo juró.

-¿Por qué no me lo has dicho antes? No te habría obligado a bañarte.

-No me has obligado. Además, no me gusta que todavía se me haga un nudo en el estómago cuando pienso en barcos. Es un asco, ser tan aburrida.

-Tú jamás podrías ser aburrida.

-Intento hacerme la valiente -dijo ella sonriendo.

Su vulnerabilidad lo conmovió, le hizo sentirse muy protector.

-Podemos volver si quieres.

-No -protestó Calista-. Esto es muy bonito. Aunque no voy a aguantar la temperatura del agua mucho rato. A pesar de que me estás ayudando -añadió, apartando la mirada de sus ojos.

Leo volvió a sentir deseo a pesar del agua helada. Le dio un beso en la boca. Sus labios eran como un buen brandy, potentes y adictivos. Le metió la lengua y ella gimió de manera deliciosa. Leo deseó oír aquel sonido una y otra vez. Notó que Calista temblaba, pero no supo si era de deseo o de frío.

-Volvamos a casa -sugirió, ayudándola a llegar a la escalera del barco-. Aunque la brisa va a hacer que tengas todavía más frío.

-Podríamos pescar.

Aquello lo sorprendió.

-¿Sabes pescar?

-Por supuesto -respondió ella-o ¿Y tú? Si no sabes, puedo enseñarte.

Leo rió.

-Claro que sé pescar -contestó-o Hace mucho tiempo, tuve que pescar para comer.

-¿Eso fue antes o después de que salieses del cascarón, con dieciséis años?

-Antes y después -contestó él, ayudándola a subir-. Sube.

Mientras lo hacía observó su estupendo trasero y gimió en silencio mientras se preguntaba si sería capaz de esperar a que fuese ella la que se acercase a él.

Horas más tarde, Leo observó su esbelta espalda apoyada en el jacuzzi y suspiró.

-Qué día tan estupendo -comentó Calista, abriendo un ojo-. Es una pena que mi pez fuese mucho más grande que el tuyo.

Él rió.

-No podía ganarte, eres mi invitada. Calista abrió ambos ojos y frunció el ceño.

-Ya, claro, ahora me dirás que no te gusta ganar, que no eres competitivo.

-Claro que lo soy.

Ella sonrió y recorrió su cuerpo con la mirada con femenina apreciación. No era la primera vez que lo hacía y Leo sabía que no era inmune a él. Se la estaba ganando poco a poco yeso le causó una sensación que no había experimentado desde hacía mucho tiempo.

-¿Te está gustando el baño? -le preguntó. Ella asintió y volvió a cerrar los ojos. -Pues desnudo es todavía mejor.

Calista abrió los ojos de nuevo.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque lo pone en las instrucciones del fabricante -contestó él, haciéndola reír de manera muy sexy-. ¿A que no te atreves a quitarte el traje de baño?

-No creo que sea buena idea.

-¿Y si te prometo mantener las manos alejadas de ti?

-El problema -contestó ella, acercándose a Leo y dejando que la

colocase en su regazo-, es que no quieres mantener las manos alejadas de mí.

Capítulo Tres

Cuando el helicóptero aterrizó en Filadelfia, Leo tomó a Calista de la mano y la ayudó a bajar. Poco después, George los llevaba a casa de ella en limusina.

-Han sido veinticuatro horas increíbles, Leo.

Gracias por todo -le dijo Calista.

-Me alegro de que te hayas divertido -respondió él, acariciándole la mejilla-. No tiene por qué terminarse.

-¿Qué quieres decir? -preguntó ella con el corazón acelerado.

-Que me gustaría que vinieses a vivir conmigo. Tanta rapidez la sorprendió.

-Guau -exclamó-. Qué rápido -respiró hondo-. Es muy tentador, pero ya te he dicho que quiero casarme antes de vivir con un hombre.

-¿Por qué es tan importante para ti? -preguntó Leo un tanto molesto.

-Ya te he dicho que creo en la familia. Quiero un marido e hijos. Ser feliz y hacer feliz a alguien -dijo con un nudo en el estómago. Lo creía de verdad, pero sabía que nunca lo conseguiría.

-¿Tan idílica fue tu infancia?

Ella apartó la vista, jamás podría olvidar el fracaso financiero de su padre, ni su muerte.

-Por supuesto que no, tal vez por eso quiera algo mejor. Quizás te parezca una locura, pero quiero la seguridad de una familia y de un hombre fuerte.

Él se detuvo un momento, había confusión en su mirada.

-No me parece una locura. Es sólo que es un tema en el que tengo poca experiencia -la agarró de la mano-o Quiero pasar más tiempo contigo. Ven a vivir conmigo, no lo lamentarás.

Calista se sintió tentada.

-Lo siento, pero no puedo. Entendería que no quisieras continuar asÍ. Estoy segura de que estás acostumbrado a tener otro tipo de relaciones -miró por la ventana-o Tal vez no debiésemos haber salido nunca juntos, pero no pude resistirme.

La limusina se detuvo delante de su edificio. Calista volvió a mirarlo. -Gracias de nuevo.

Él la ayudó a bajar y la acompañó hasta el portal.

-Ha sido un placer. Buenas noches, Calista. Ella intentó descifrar su expresión y se vino abajo. Leo había decidido que no merecía la pena la espera ni el esfuerzo. Lo vio salir del portal y, probablemente, de su vida. A pesar de que se sentía dolida, estaba sobre todo preocupada por el futuro de sus hermanas.

Jurando entre dientes, se subió al ascensor. ¿Qué iba a hacer? Tendría que encontrar un plan B. Si se acostaba con Leo, no podría casarse con él. Además, aunque éste le atraía físicamente, no estaba

segura de lo que sentía por él ni de si lo que le había hecho a su padre no acabaría por salir a la superficie. ¿Y si se lo decía a la cara? Si Leo supiese la verdad...

Calista cerró los ojos con fuerza, se sentía desesperada, atrapada. Odiaba mentir, pero había tomado una decisión y no podía castigarse por ello. Sus hermanas se merecían una buena educación y un mejor comienzo del que habían tenido. Habían sufrido mucho los problemas de la familia debido a su juventud y Calista jamás podría olvidarse de sus rostros después de la muerte de su padre y, más tarde, de la de su madre.

Intentó tranquilizarse. Tal vez había malinterpretado a Leo. Tal vez volviese a llamada.

Dos semanas más tarde, después de no haber tenido noticias de Leo, Calista vio las cosas claras. No iba a llamada. Había terminado con ella. Destrozada, decidió aceptar la invitación de Robert Powell para ir a una subasta benéfica. Robert trabajaba con ella y era un hombre divertido y de fácil trato, que tal vez pudiese distraerla un poco en aquellos momentos.

Se puso un vestido nuevo y bajó a la entrada de su edificio, donde Robert la esperaba. Su mirada de aprobación le dio un empujoncito a su ego. En la subasta, Calista intentó hablar con todo el mundo y le presentó a Robert a sus conocidos.

-¿Te has dado cuenta de que llevaba meses pidiéndote salir? -le dijo él en un momento dado, pasándole el brazo alrededor de la cintura-o Ha merecido la pena la espera.

-No estés tan seguro. Sólo soy buena como amiga. Soy aburrida, trabajo demasiado.

-De eso nada -la contradijo él riendo.

-Calista -dijo de repente una voz profunda detrás de ella-. ¿Cómo estás?

Nada más girarse vio a Leo Grant, con una impresionante morena del brazo. Se obligó a sonreír. -Bien, gracias.

-Y tu amigo -dijo Leo, recorriendo a Robert con la mirada-. Creo que no nos conocemos.

-Robert Powell, éste es Leo Grant -los presentó ella, sin dar más detalles-. Ah, creo que va a empezar la subasta. Luego nos vemos, Robert, me necesitan -y se marchó.

Durante cuarenta y cinco minutos, intentó centrarse en su trabajo y olvidarse de Leo. Luego, el coordinador le dijo que se tomase un descanso y fue a beberse un vaso de agua al bar.

Leo la interceptó por el camino.

-Veo que no has perdido el tiempo -le dijo.

-Tú tampoco -replicó ella.

-Es la hija de un amigo al que le debo un favor.

Aunque no tengo por qué darte explicaciones.

-Qué suerte que sea tan despampanante. Debe de ser una lata acompañada.

-Cualquiera diría que estás celosa.

-Pues no -dijo Calista, intentando seguir su camino.

Él la agarró de la muñeca.

-Vamos a terminar esta discusión en privado -la llevó hasta una salón vacío y cerró la puerta.

-¿Quién es el tal Robert? ¿Es alguien importante para ti? -le preguntó.

-¿Qué más te da? No me has llamado en dos semanas.

-He estado fuera del país.

-Estoy segura de que tu teléfono móvil funciona en todo este planeta y en un par de ellos más.

-Está bien -admitió Leo-. No he querido llamarte. He preferido guardar las distancias un tiempo, para no precipitarme.

A ella se le aceleró el corazón en el pecho.

-Todavía no me has dicho quién es Robert -insistió él.

-Sólo un amigo. Llevaba meses pidiéndome salir, pero siempre le había dicho que no.

-¿Y por qué le has dicho que sí esta noche?

-Porque estaba deprimida porque no me habías llamado -contestó Calista sin mirarlo a los ojos. -Está bien. He estado pensándolo durante las dos últimas semanas y he tomado una decisión. Casémonos.

-¿Qué? -preguntó ella, sorprendida.

-Que nos casemos. Preferiría que viviésemos juntos sin más, por todos los papeles que hay que hacer, pero podemos arreglar eso con un acuerdo prenupcial -hizo una pausa, la estudió con la mirada-. A no ser que seas contraria a los acuerdos prenupciales.

-No, pero... -empezó ella. La cabeza le daba vueltas mientras intentaba asimilarlo todo.

-¿Tenías pensado hacer una boda por todo lo alto? Las mujeres os pasáis toda la vida imaginando la boda de vuestros sueños... -comentó, como si le pareciese una locura.

-Yo siempre he querido algo íntimo -contestó Calista.

-Bien. Pues ya está decidido. Le diré a mi secretario que se ponga en contacto contigo para decidir la fecha. Él sabe cuándo estoy disponible.

Calista levantó la mano.

-Espera un momento. Estás yendo muy deprisa. ¿Por qué quieres casarte?

-Llevo dos semanas intentando olvidarme de ti, pero me he dado cuenta de que no quiero hacerla -contestó Leo.

-No sé qué decir.

-Dime que sí.

Ella se mordió el labio inferior y rió. -Si no me has preguntado.
-¿Quieres casarte conmigo? -preguntó Leo mirándola a los ojos.
-Es una locura -susurró ella, con el corazón en un puna.
-¿Es ésa tu respuesta?
-No -dijo ella. Era lo mejor para Tina y Tami. Era necesario-. Sí, sí.

***

La noche antes de la boda, Leo se sentó en el muelle de la casa del lago y se tomó un whisky con George. Calista y su familia llegarían al día siguiente en su helicóptero. Todo estaba dispuesto. Lo único que él tenía que hacer era presentarse en la ceremonia al mediodía y asegurarse de que no se encontraba con Calista hasta ese momento. Ella había insistido en eso. Era una superstición tonta, pero le seguiría el juego. Según habían ido pasando los días, Calista había ido poniéndose más nerviosa.

George levantó su vaso.

-Jamás pensé que te vería casarte con una mujer a la que conoces tan poco. Buena suerte.

Leo lo miró de reojo y vació su vaso.

-Gracias. No me has dicho mucho acerca de ella.

-¿Qué quieres que te diga? Es muy guapa -se encogió de hombros-, pero tiene algo...

-¿El qué? -le preguntó Leo, poniéndose alerta. George frunció el ceño.

-No estoy seguro. No es mala, pero oculta algo.

Es más complicada de lo que parece.

-La mayoría de las mujeres inteligentes son complicadas.

-Es cierto -admitió George-. ¿Qué talla firma del acuerdo prenupcial?

-Insistí en que su abogado le echase un vistazo.

Éste incluyó una cláusula de diez millones después de seis meses, pero el mío rebajó la cantidad a dos millones. A su abogado no le gustó, pero la aceptó -se encogió de hombros-. Calista cree en la familia, estoy seguro de que no fue idea suya, sino de su abogado.

-¿Y también estás seguro de que no sabe lo que tu tutor le hizo a su padre? -preguntó George. -¿Cómo va a saberlo? Han pasado diez años y no hay nada que me relacione a mí con él. Además, yo no tuve nada que ver en ello.

-¿Por qué te casas? -preguntó George sin más.

-¿Además de porque quiero acostarme con ella?

George rió.

-Sí.

-Quiero hacerme con los mercados japonés e indio y tengo la sensación de que a los presidentes de las empresas con las que negocio no les gusta que esté soltero. Iba siendo hora de que me buscase una

esposa. Calista cumple con los requisitos. Es educada y guapa.

-¿Así que es una decisión comercial?

-En gran parte -le dijo Leo-. Es buen momento.

-En ese caso, te deseo que seas muy feliz. Después de todo lo que has pasado, te lo mereces.

Calista respiró hondo mientras el helicóptero aterrizaba en el helipuerto de Leo, al lado del lago. En un par de horas, estaría casada.

-Oh, Dios mío, esto es increíble -dijo Tami, haciendo una fotografía con el teléfono móvil-. Tengo que mandarle una foto a mi novio. ¿Va a haber fotógrafo en la ceremonia?

-Sí -respondió Calista, volviendo a respirar hondo.

-¿Estás bien? -le preguntó Tina-. Estás más blanca de lo normal.

-Es por el viaje -respondió ella, sonriendo-. ¿Os ha gustado el paseo?

-Ha sido estupendo -respondió Tina.

-Genial -añadió Justin-. Quiero tener uno de éstos cuando sea mayor.

Sharon rió.

-Sigue estudiando y ve a la universidad, y tal vez entonces puedas comprártelo.

El helicóptero se detuvo y varios miembros del servicio de Leo acudieron a recibirlos.

-Señorita French -dijo un hombre acercándose a ella-. Me llamo Henry. Estoy al frente del servicio. Vaya acompañada a una suite especial, para que se vista antes de la ceremonia. El señor Grant ha reservado habitaciones y ha pedido comida también para el resto de su familia. Además, me ha pedido que lo avise en cuanto usted esté en su habitación. La de él da al otro lado.

Calista sonrió. Apreciaba que Leo respetase su deseo de no verse antes de la ceremonia.

Sus hermanas, y su prima la siguieron hasta su habitación, y Sharon insistió en quedarse para ayudarla a vestirse. Además, la animó a comer algo, a pesar de que no podía probar bocado y sólo pensaba en escapar de allí. A pesar de que las cosas estaban saliendo como ella había planeado, no podía creer que todo estuviese siendo tan rápido.

-¿Estás segura de que es lo que quieres? -le preguntó Sharon-. No hace mucho que conoces a Leo.

-Cuando es la persona adecuada, no hace falta más tiempo.

En ese momento llamó a la puerta el fotógrafo.

Calista posó mientras su prima iba a buscar a sus hermanas para que se retratasen con ella.

Entonces, una persona del servicio se asomó a la puerta.

-Es la hora -dijo sonriendo-. ¿Está preparada?

-Sí -contestaron Tami y Tina al unísono, riendo emocionadas.

Sus hermanas la acompañaron hasta el muelle, donde estaban ya el

sacerdote, George y Leo. El corazón se le cayó a los pies al verlo, vestido con un traje negro de diseño, camisa blanca y corbata carmesí. Sintió el calor y la fuerza de su mirada a pesar de la distancia.

Se preguntó qué pensaría él de su vestido largo color marfil. Llevaba el pelo recogido, pero con algunos rizos sueltos, y pendientes de perlas. Se sintió como una mártir, pero se dijo que aquello sólo duraría seis meses. No era tanto.

Al llegar delante del sacerdote, se preguntó si arde ría en el infierno por lo que estaba haciendo. Se sintió culpable, pero se dijo que era justo. -¿Quién entrega a la novia? -preguntó el sacerdote.

-Nosotras -carearon Tami y Tina, riendo.

-Sé bueno con mi hermana -le susurró la primera a Leo-. O haré de tu vida un infierno.

Leo miró a Calista divertido y tomó sus manos.

Ésta se sintió avergonzada.

Unos segundos después, estaba hipnotizada por su mirada mientras le oía decir:

-Yo, Leonardo Grant, te tomo a ti, Calista French... El resto de la ceremonia transcurrió como en un sueño. Calista miró la alianza de platino y diamantes que Leo le había puesto en el dedo y se preguntó si era real. Y ella tomó el anillo que le ofrecía Tina y se lo colocó. Tenía las manos mucho más grandes que ella, más calientes y fuertes. Pensó en lo que le había hecho a su padre y se dijo que Leo era un mentiroso, y que aquella unión iba a ser la mayor mentira de su vida.

-Yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Leo la besó con pasión. Ya había hecho su parte. Ahora le tocaba a ella.

Una hora más tarde se habían cambiado de ropa y estaban todos en el yate, dando un paseo por el lago. Después de la comida, que Calista casi no pudo probar debido a los nervios, sus hermanas y Justin fueron a darse un baño y Leo charló amistosamente con el resto de su familia.

El sol se puso demasiado pronto y el aire se volvió frío. El yate volvió al muelle y Calista se despidió de su familia antes de que el helicóptero de Leo se los llevase de nuevo. Se sintió abandonada. Notó cómo Leo le ponía una mano en la espalda y cerró los ojos, preparándose para la noche que la esperaba.

-Gracias por haber permitido que vinieran -le dijo Calista-. Significaba mucho para mí.

-De nada. Me han dicho que no has comido nada en todo el día, salvo un poco de pastel.

-Ha sido un gran día.

-Sí, por eso quiero que comas algo ahora. ¿Qué quieres que pida que te traigan?

-No quiero molestar a nadie.

-No molestas. Les pago para que lo hagan. Se pasan mucho tiempo aburridos, así que les gusta tener algo que hacer.

Ella lo miró con escepticismo.

-¿Quién te ha dicho eso? ¿Alguien que quería un aumento?

Él rió.

-Si no me dices qué quieres comer, te pediré cinco platos distintos.

-Un sándwich de pavo -respondió ella enseguida.

-Hecho.

Calista seguía sorprendida con lo amable que había sido con sus hermanas. Sólo había esperado de él que se comportase con fría educación. En su lugar, había sido encantador. Notó que le ponía el brazo alrededor de los hombros y casi se sintió protegida. Casi.

Capítulo Cuatro

Leo se bebió una cerveza mientras Calista mordisqueaba su sándwich. No lo miraba a los ojos y bebía el agua a pequeños sorbos. Leo tardó en darse cuenta de lo que le pasaba, pero la idea lo alegró, estaba nerviosa.

Sintió ternura. Y deseo.

-El sándwich ha sido buena idea -admitió ella.

-Suelo tener buenas ideas -replicó él, mirándola a los ojos. -Seguro que sí.

-Ha sido un día muy largo. Deberíamos irnos a la cama.

A Calista se le subió el corazón a la garganta. Había sabido que llegaría ese momento. Leo ya era su marido. Les pagaría los estudios a sus hermanas, les daría un futuro, pero ella tendría que comportarse como su esposa, aunque fuese sólo de manera temporal. Una parte de ella no podía olvidar que aquel hombre estaba relacionado con el fracaso de su padre y con su muerte. Sería como hacer el amor con el diablo.

Respiró hondo. No era momento de ponerse melodramática. Leo era sólo un hombre, no un dios, ni un demonio. ¿No? ¿Por qué estaba tan nerviosa? No era como si...

-¿Puedo tomarme otro vaso de agua? -preguntó sonriendo.

-Tengo muchos en mi habitación -contestó él, tendiéndole la mano y calentándole el cuerpo con la mirada.

Calista se dejó guiar hasta el piso de arriba. De repente, Leo la tomó en brazos y entró con ella a la habitación.

-Oh, ¡qué sorpresa!

-Es una tradición. Pensé que te gustaría.

Demasiado consciente de su fuerza, Calista vio una botella de champán y unas fresas al lado de la cama que había frente a la ventana. Las velas daban un toque romántico al ambiente. Se aferró a sus hombros.

-Y yo jamás pensé que fueses un hombre de tradiciones.

-No lo soy, pero tampoco tengo por qué oponerme a todas.

La dejó encima de la cama.

-Ahora, vamos a hacer un brindis los dos solos

-dijo después, sirviendo el champán.

Le dio una de las copas y levantó la otra.

-Por nosotros y por todas las tradiciones que vamos a romper juntos -golpeó su copa con la de ella-. Empezando esta misma noche.

A Calista se le aceleró el corazón al ver la expresión de su rostro. Parecía decidido a consumirla literalmente. Tendría que beberse toda la botella de champán para aplacar los nervios.

-No tienes que ponerte nerviosa -le dijo él, sentándose en la cama.

-No lo estoy. De verdad.

-Piensa en otra cosa -le sugirió Leo, besándola-. Sabes deliciosa -murmuró contra sus labios-. Y tengo planeado probar todo tu cuerpo.

Calista sintió calor, sintió que su piel reaccionaba más que nunca a su potente virilidad. Leo siguió besándola, la acarició de manera más agresiva. Y eso la excitó todavía más.

Se preguntó cómo era posible. Había temido aquel momento desde el principio. Enredó los dedos en su pelo y lo besó.

Leo la apretó contra su cuerpo y ella se aferró a sus hombros fuertes, inclinando la copa de champán peligrosamente.

Leo se la quitó de la mano, le dio un trago y juró.

Le brillaban los ojos.

-Eres increíble -le dijo, aspirando su aroma. Dejó la copa en la mesita de noche y volvió hacia ella. Sin previo aviso, le quitó la camisa por la cabeza. Tres segundos después le había desabrochado el sujetador y se estaba llenando las manos con sus pechos. La vista y la sensación de la piel morena de Leo contra sus pechos tan pálidos eran tan sensuales que Calista tuvo que cerrar los ojos.

La atraía su fuerza, interior y exterior. Y era toda una tentación apoyarse en él después de tanto tiempo dependiendo de sí misma. Cedió al deseo y le acarició los hombros y los bíceps.

Él volvió a cubrir sus pechos con las manos antes de bajarlas a sus pantalones vaqueros y desabrocharle el botón. El sonido de la cremallera deslizándose se oyó por encima de sus respiraciones. Leo le bajó los pantalones y las braguitas de encaje y Calista se sintió desnuda en más de un sentido.

Debió de notarse que estaba incómoda. -Parece que necesitas otra distracción -comentó Leo tomando la copa de champán de la mesita de noche y salpicándola con su contenido, que estaba helado.

-¿Qué estás...?

Calista dejó de preguntar al notar que su lengua caliente lamía el champán de uno de sus pechos, y después del otro. Se mordió el labio inferior al notar que se le erguían los pezones y que la sensación llegaba a todas sus zonas erógenas. Intentó no arquear la espalda, pero su cuerpo actúo sin su permiso.

Había pasado tanto tiempo. No debía dejarse llevar. Hacía mucho que no lo había hecho.

Leo llevó una mano hasta sus muslos y le acarició el interior, que estaba muy húmedo. Ella lo oyó gemir y notó que se separaba para respirar varias veces. Empezó a tranquilizarse, pero entonces Leo la apretó de nuevo contra su cuerpo desnudo. La sensación era tan deliciosa y seductora que empezó a perder el control de nuevo.

-Leo -susurró, abrazándose a él con brazos y piernas. Quería absorber su fuerza, su pasión, su vida.

Él juró entre dientes.

-Maldita sea, quiero estar dentro de ti -dijo, colocándose encima.

Le separó las piernas y la penetró.

A ella le sorprendió la sensación, tener su sexo grueso y duro en su interior.

Leo puso una expresión extraña y ella no pudo evitar retorcerse debajo.

Él gimió y volvió a penetrarla. Y Calista sintió que crecía el placer en su interior. Leo empezó a moverse y ella se aferró a él mientras sentía cada vez más placer. Estaba cada vez más cerca de la libertad.

Leo la penetró una vez más y gimió mientras llegaba al clímax.

Ella se mordió el labio, todavía excitada, al borde del abismo, deseaba lanzarse a él, pero algo la detuvo.

Leo se apartó de ella, respiraba con dificultad.

-No eras virgen -la acusó-. Me engañaste.

Salió de la cama, tomó sus pantalones y se marchó de la habitación.

Calista se quedó mirándolo mientras intentaba calmar su cuerpo y su mente. El deseo todavía le nublaba las ideas. Se sintió como si no pudiese controlar ni su cuerpo ni su mente. Él se había llevado ambos.

«Me engañaste». Sus palabras le retumbaron en la cabeza. No había pensado que Leo sabría si era virgen o no. Al fin y al cabo, ¿cuántas veces habría hecho el amor con una virgen? De repente, sintió miedo. ¿Y si decidía anular el matrimonio? ¿Y si, después de todo, ella no podía cuidar de sus hermanas?

***

Leo se sentó en el salón del piso de arriba con una botella de whisky y un montón de remordimientos. Su novia, la supuesta virgen, lo había engañado. Había sido un tonto, al no querer robarle la inocencia con la esperanza de que la pureza de Calista sirviese para limpiar su turbio pasado.

Rió con desgana. Después de haber pasado toda su juventud engañando a los demás, acababa de recibir el golpe más duro. Se sirvió otra copa. ¿Qué iba a hacer con ella después de aquello?

Oyó que crujía un madero y salió de sus pensamientos. Levantó la mirada y la vio, con una bata de seda blanca que ocultaba su inocencia. Tenía los labios hinchados de sus besos, las mejillas blancas y los ojos llenos de miedo. Leo sintió deseo. Estaba loco.

-Yo nunca te dije que fuese virgen -dijo Calista en voz baja.

-Lo insinuaste.

-Sé que no vas a entenderlo -añadió ella, cruzándose de brazos.

-En eso tienes razón -respondió él, apoyando la espalda en el sillón y riendo con cinismo.

Aquello la enfadó, Leo pudo verlo en sus ojos, pero Calista intentó controlarse. Se sentó en el sillón que había enfrente del suyo.

-La verdad es que tuve una relación sexual durante mi segundo

curso en la universidad. Fue un error. Pensé que estaba enamorada. Pensé que era él, pero me equivoqué.

-¿Porque no tenía suficiente dinero? -inquirió Leo.

Ella frunció el ceño y respiró hondo.

-No, porque me mintió y me dijo que me quería mientras salía con otras dos chicas. Fue entonces cuando supe que no volvería a entregarme a nadie a no ser que se tratase de alguien con quien tuviese un compromiso -volvió a tomar aire-. Sí, cometí un error. Tal vez tú no hayas cometido nunca uno, pero si lo hubieses hecho, sabrías lo que es querer empezar de cero.

Leo reflexionó acerca de aquello durante unos segundos. Él había tomado muchas decisiones equivocadas en su vida. ¿Quién era para recriminarle nada a Calista?

Ella se levantó.

-Lo entenderé si quieres que me marche.

A él se le encogió el estómago sólo de pensarlo.

-No he dicho eso.

No obstante, seguía sin gustarle que lo hubiese engañado. En parte, se había casado con ella porque la creía incapaz de mentir. Era evidente que se había equivocado. Dio otro trago a su copa.

-Duerme en mi cama esta noche. Mañana seguiremos hablando de esto.

Ella lo miró a los ojos y se dio la vuelta.

-Sí, como si fuese a ser capaz de dormir -murmuró mientras salía de la habitación.

Calista miró el techo de la habitación de Leo con las sábanas apretadas contra el pecho. Aquello había sido un desastre. Leo la echaría a la mañana siguiente. ¿Y acaso podía culparlo? No había intentado acostarse con ella antes porque pensaba que era virgen y ella había permitido que lo pensase.

Ya podía ir despidiéndose del futuro de sus hermanas. ¿Qué podía hacer? ¿Anularía Leo su matrimonio? Estaba claro que ya no le daría ni un céntimo. ¿Cómo podía estar pensando en dinero en esos momentos? ¿Cómo podía ser tan mala persona?

En realidad, no quería pensar en cosas más profundas. No quería preguntarse si lo había decepcionado. ¿O herido? No, eso no era posible. Aquel hombre era el engaño personificado. ¿Cómo iba a llegar a él, o a hacerle daño?

Cerró los ojos y contó hacia atrás desde mil hasta cero, y después empezó de nuevo. Fue entonces cuando se durmió.

Estando dormida, sintió el calor de otro cuerpo.

Un brazo fuerte la abrazó y la atrajo hacia él.

Se le aceleró el corazón. Empezó a despertarse y notó que una mano le acariciaba el pelo. La caricia la tranquilizó e hizo que volviese a

dormirse. ¿Cuánto tiempo hada que no le acariciaban el pelo? Tanto tiempo, que ya ni se acordaba de la última vez... Se acurrucó contra el otro cuerpo y suspiró.

Minutos, u horas más tarde, se giró y se encontró con un pecho duro y unos hombros fuertes. Instintivamente, se acurrucó contra él y hundió la cara en su garganta.

-Calista -dijo él.

-Sí -susurró ella, aspirando su olor. Apretó los labios contra su piel y sacó la lengua para probarlo.

Él dejó de respirar y juró.

Calista notó que volvía a despertarse, lo probó de nuevo, saboreando la sal de su piel.

Él la sacudió con suavidad y ella abrió los ojos y se encontró con su mirada oscura.

-¿Puede saberse qué estás haciendo? -inquirió Leo.

-¿Quieres que pare? -susurró ella, excitada.

-Claro que no -contestó él, buscando su boca.

La besó y la acarició y recorrió con sus dedos los lugares más recónditos de su cuerpo, haciéndola desear más. Quiso tenerlo dentro, pero esperó mientras se excitaba cada vez más.

No supo si podría soportado.

-Venga, Calista, venga -le dijo él, acariciándola con sus dedos mágicos.

-Leo -dijo ella, llegando al clímax de repente.

Se aferró a él, que, por fin, la penetró.

Calista gimió y se apretó contra él. Leo gruñó y se movió en su interior.

Ella se arqueó y deseó extraer de él cada gota de su pasión. Y Leo le dio eso y mucho más.

A la mañana siguiente, Leo se despertó con su novia entre los brazos. Sintió una mezcla de cinismo y posesión. Se sentía engañado, pero, por otra parte, era como si hubiese ganado un premio. El haberla hecho disfrutar tanto lo llenaba además de satisfacción.

Calista tenía el pelo rubio sobre los ojos, las mejillas rosadas, las oscuras pestañas descansando sobre la piel clara. Leo sospechó que no era alguien que confiase fácilmente en los demás, pero había confiado en él, en el matrimonio y en la cama. Yeso tenía que valer algo.

Como si se hubiese dado cuenta de lo que estaba pensando, Calista abrió los ojos y lo miró. Respiró hondo y apoyó la cabeza en su pecho. -Buenos días --dijo.

Leo no pudo evitar sentir placer al notar su voluptuoso cuerpo frotándose contra el de él.

-Buenos días -murmuró y disfrutó de sus pechos rozándole la piel, de sus muslos deslizándose entre los de él.

Calista se apretó contra su pecho.

-Puedo oír tu corazón -susurró-. Sentirlo. Había habido muchas ocasiones en las que Leo había estado seguro de no tenerlo. Cerró los ojos un segundo para aspirar su aroma y luego utilizó la barbilla para levantar la de ella.

Sus miradas se cruzaron, en los ojos de ella había cautela y algo más que no podía descifrar.

-No vuelvas a mentirme -le pidió-. No me engañes. No me ocultes la verdad. ¿Entendido?

Ella asintió muy seria.

-Sí.

-Me alegra que nos entendamos -añadió Leo antes de besarla y de volver a apretarla contra su cuerpo para hacerla de nuevo suya.

Después de pasar la noche en la cama de Leo, Calista se despertó sola, con ciertas partes del cuerpo un poco doloridas. Había sospechado que Leo tendría un gran apetito sexual, pero no había pensado que sería tan voraz. Y tampoco había esperado que la excitase casi hasta el punto de hacerle olvidar quién era. Sintió pánico y, mentalmente, pasó una página del calendario. Ya sólo le quedaban seis meses para completar su misión.

Se levantó de la cama y se dio una ducha, dejando que el agua caliente le aliviase los doloridos músculos. Se secó, envolvió su pelo en una toalla, se tapó con un albornoz y volvió a la habitación.

Olió a beicon y a gofres. Miró hacia el balcón y vio a Leo sentado en una silla, con las piernas levantadas mientras leía el periódico. Llevaba puestos unos vaqueros y una camisa desabrochada que dejaba al descubierto su musculoso pecho. A Calista se le aceleró el corazón. Sabía muy bien cómo era tener ese pecho contra los suyos desnudos.

Como si hubiese oído sus pensamientos, Leo levantó la vista y la miró a los ojos.

-Buenos días. El desayuno está esperándote. No sé qué te gusta, así que le he pedido a la cocinera que preparase un poco de todo.

Levantó una gran tapa de plata que cubría una bandeja llena de comida.

-Dios santo, hay suficiente para alimentar a todo un país -dijo ella, haciéndosele agua la boca al ver las fresas, los arándanos y la piña, junto al resto de la comida.

-¿Qué te gusta? -le preguntó Leo.

-Todo -respondió ella, sentándose a su lado-. Suelo tomar algo rápido antes de salir de casa, así que esto me parece todo un derroche.

-No te preocupes, anoche quemaste unas cuantas calorías.

Calista se ruborizó .

. -Sí -murmuró, dando un mordisco a un gofre. -¿Está bueno?

-Delicioso. Gracias. ¿Tú no quieres nada?

Él se llevó la taza de café a los labios.

-Ya he desayunado.

Después del desayuno, Calista se vistió y Leo la llevó a dar un paseo en su barco pequeño. Era un día cálido y soleado y Calista disfrutó de las vistas y de los sonidos del lago. Leo ancló el barco en una cala privada y ella sirvió el picnic que había preparado la cocinera, a pesar de estar todavía llena del desayuno.

En otras circunstancias, habría estado encantada: casada con un hombre que podía cuidar de ella y de su familia. Un hombre guapo e inteligente, lleno de pasión y sentido del humor. No obstante, sabía que no se amaban.

-Dentro de dos semanas tengo que ir a Japón -le contó Leo-. Y quiero que vengas conmigo.

Ella repasó mentalmente su agenda.

-Me avisas con muy poco tiempo, pero lo consultaré en el trabajo.

-Vaya querer que me acompañes en la mayoría de mis viajes -añadió él-o Tal vez tengas que pensar en dejar tu trabajo.

Aquello la sorprendió, sacudió la cabeza. -Imposible. Trabajo para una empresa fabulosa y tengo muchas ventajas.

-No tienes que preocuparte de nada, ahora que estás casada conmigo. Estarás cubierta por mi seguro y puedo darte una paga que sea el doble que tu salario.

A ella se le hizo un nudo en la garganta, porque sabía que su matrimonio no sería para siempre. Si dejaba su trabajo, estaría tirando a la basura su seguridad.

-No hay por qué precipitarse, y mi empresa puede ser muy flexible. Me sentiría como una vaga si no trabajase.

-Eso es al principio -comentó Leo divertido-. No he conocido a ninguna mujer que no esté dispuesta a dejar su trabajo para darse la gran vida.

-Tal vez por eso te hayas casado conmigo, y no con otra -replicó Calista, levantando la barbilla.

-Lo dudo -contestó él, abrazándola-, pero te daré algo de tiempo para que arregles las cosas con tu jefe. No obstante, recuerda que le debes tributo a tu marido -la besó-. Siempre.

Calista sintió un escalofrío. Ya había sido bastante duro planear conocer a Leo y casarse con él. Era un hombre tan fuerte, tanto por dentro como por fuera, que se preguntó qué sería de ella después de seis meses en su compañía.

Dos semanas después, Leo y Calista volaron a Japón. A ella le seguía preocupando haber puesto su trabajo en peligro por haber ido al viaje. Ya Leo su preocupación le resultaba molesta y tierna al mismo tiempo. Calista no parecía entender lo rico que era y que, siendo su esposa, jamás le faltaría de nada.

La vio fruncir el ceño mientras miraba en su ordenador el trabajo que tenía pendiente.

Leo le acarició la frente y ella se sobresaltó.

-Que...

-Deberías relajarte. Es un vuelo muy largo -le dijo él-. Soy yo quien debe estar preparado para negociar. Tú sólo tienes que estar guapa y ser encantadora.

-Me parece que no. Mi jefe quiere que termine una cosa para dentro de tres días. Y estoy segura de que el jet lag me va a afectar, así que tengo que acabar esto mientras tenga energías.

-No sé por qué te estás resistiendo a dejar tu trabajo -comentó él, volviendo a sus papeles.

-No quiero dejado. Me gusta mi trabajo. Hace que me sienta realizada -respondió Calista-. Sólo tengo que aprender a organizarme bien. Y lo voy a conseguir.

-Ya lo veremos -dijo Leo, mirándola con escepticismo-. Dentro de mi par de semanas nos vamos a la India.

-¿La India? -repitió ella-. ¿Cómo vaya conseguir que me dejen hacer dos viajes tan largos en tan poco tiempo?

-Deja tu trabajo y te daré el triple de tu sueldo -le sugirió Leo sonriendo.

A Calista no le hizo ninguna gracia, frunció el ceño.

-No es tan sencillo.

-¿Por qué? Yo puedo cubrir todos tus gastos y más.

Ella dudó unos segundos.

-Tengo ciertas responsabilidades con mis hermanas.

-Pensé que tu prima cubría sus gastos.

-Hacen lo que pueden, pero Tami tiene asma y dentro de muy poco irán a la universidad.

-Dile a mi contable lo que necesitas y te hará un cheque. El dinero debería ser tu última preocupación. Preferiría que te preocupases por estar preparada para conocer a mi socio y a su familia. Mi secretario te ha hecho un informe -le tendió una carpeta.

Calista arqueó las cejas.

-¿Un informe? Me han enseñado a comportarme como es debido al menos en una docena de países.

-Ya lo sé. Ésa es una de tus principales cualidades, pero deberías saber que no vas a conocer sólo al señor Kihoto y a su esposa, sino que es posible que conozcas también a su amante, Shonana.

-¿Su amante? No creo que se la presente a sus socios.

-Eso depende de si salimos por la noche -replicó Leo.

Indignada, Calista hojeó el informe.

-¿Cómo voy a fingir delante de su pobre esposa que su marido no es un cretino que la engaña? Mira, tienen hijos -añadió, señalando el

informe-. Esa mujer debe de estar atrapada, viviendo con un ogro.

A Leo le divirtió su reacción, contuvo una sonrisa.

-Estoy seguro de que lo sabe y lo acepta -añadió-. No es tan raro que un hombre rico tenga una amante.

Ella apretó los labios con desaprobación.

-¿Y tú qué opinas del tema? -le preguntó.

-Me da igual lo que haga en su vida privada -contestó Leo-. Sólo quiero que firme el contrato.

Después se hizo un silencio y Calista se quedó muy pensativa.

-¿Qué te pasa?

-¿Qué piensas de tener tú una amante? -le preguntó ella.

Leo rió.

-Tengo una esposa bella y apasionada. ¿Para qué iba a querer una amante? ¿No estarás preocupada, verdad?

Calista levantó la barbilla.

-Por supuesto que no -respondió ella, volviendo a centrarse en el informe.

Leo se fijó en que lo hojeaba muy rápidamente y se preguntó si de verdad habría absorbido toda la información. La vio dejar la carpeta y volver a concentrarse en su ordenador.

-¿Qué edad tiene el señor Kihoto? -la interrogó.

-Cincuenta y tres -respondió ella sin levantar la vista de la pantalla.
-¿Y su esposa?

-Cuarenta y cinco.

-¿Desde cuándo es presidente de la empresa?

-Desde hace doce años. Tiene dos hijos. Chico y chica. El chico es mayor. Trabaja en la empresa de su padre. Está casado y también tiene amante -dijo Calista, entrecerrando los ojos con desaprobación-o La hija estudia Medicina. No tiene marido. No me extraña -murmuró-, con ese padre y ese hermano. Es mejor tener el control de tu vida que cedérselo a un hombre.

-¿Por eso no quieres dejar tu trabajo? -le preguntó Leo, sorprendido con su reacción.

Ella dudó un instante, se sintió acorralada.

-Me siento satisfecha y segura de mí misma cuando hago bien mi trabajo. Y creo que esa confianza es buena para nuestra relación. Además, no es como si tuviésemos hijos ...

A Leo se le hizo un nudo en el estómago al oír hablar de tener hijos.

-Y no los vamos a tener, al menos, hasta dentro de mucho tiempo -le advirtió.

-Estoy de acuerdo -dijo ella. Luego, sacudió el informe y miró a Leo-. Me parece que sé más del señor Kihoto que de ti.

-Umm. ¿De verdad?

-Sólo sé que naciste de un huevo con dieciséis anos.

-La vida dentro de ese huevo era muy aburrida -comentó él.

-Seguro que sÍ, pero sé cuál es la comida favorita del señor Kihoto, su bebida favorita, su película favorita, y no sé cuáles son las tuyas.

-Mi comida favorita es la lasaña. Me gusta beber whisky o cerveza, dependiendo de mi humor. Mis películas favoritas son Transporter y Cadena perpetua.

Calista ladeó la cabeza, pensativa. -¿Qué te gusta de Cadena perpetua?

-Que estaban atrapados, en la cárcel, algunos eran inocentes. Morgan Freeman y Tim Robbins tenían que encontrar el camino hacia la libertad -comentó, pensando en la época en la que él todavía no era libre.

-¿Alguna vez te has sentido atrapado? -le preguntó ella.

No tenía ni idea de cómo.

-Bueno, es normal que la vida dentro de un huevo sea claustrofóbica -contestó Leo sonriendo con tristeza e intentando no recordar lo peor de su vida. Estaba decidido a dejar su pasado atrás.

Calista asintió.

-Supongo que todos nos hemos sentido así en algún momento -dijo, y apartó la vista.

Él se dio cuenta de que estaba luchando entre la desesperación y la confianza.

-¿Cuándo te has sentido tú atrapada?

-Sobre todo, cuando era adolescente. Yun par de veces más desde entonces.

Leo se dio cuenta de que se refería al fracaso de su padre. Y se preguntó qué sabría Calista acerca de lo que había sucedido.

-¿Qué te hizo sentir así?

-Problemas familiares -contestó ella-. Mi padre murió, luego, mi madre. Y todo mi mundo se desbarató.

-No hablas mucho de tus padres.

-Ni tú del tiempo que pasaste dentro del huevo -contraatacó Calista.

-¿Y ahora?

-Ahora intento depender de mí misma para sentirme segura.

-Ah.

Aquello le sentó a Leo como otra patada en el estómago. Calista pensaba que no podía contar con él, pero era comprensible. A pesar de que estaban casados, no se conocían bien.

-Tu trabajo hace que te sientas más segura. En ese caso, no lo dejes, pero negocia para poder pasar más tiempo fuera de la oficina.

Después de unos segundos, Calista volvió a sonreír.

-¿Cuál es tu juego de mesa favorito? -le preguntó.

-Llevo años sin jugar a ninguno.

-Intenta recordar.

Leo sacudió la cabeza e hizo memoria.

-No me acuerdo mucho. Había un juego con portaaviones y submarinos y una rejilla y había que adivinar dónde tenía colocados los barcos tu adversario...

-Hundir la flota -dijo ella, sonriendo, triunfante-. Seguro que te encantaba.

-¿Y cuál era tu favorito?

-De niña, Candy Land y los Hipopótamos glotones -respondió ella.

-¿Y ahora que ya casi has llegado a los treinta?

-La Wii. Se la compré a mis hermanas y de vez en cuando les meto alguna paliza a los bolos. Y seguro que te ganaría a ti también.

-¿Me estás retando? ¿Qué consigue el que gane?

-¿Poder alardear de ello?

Leo se burló de ella.

-Tiene que haber algo más en juego, si no, ¿para qué juegas?

Ella rió y sacudió la cabeza. -Para divertirme.

Capítulo Cinco

Lo primero que sorprendió a Calista cuando el avión hubo aterrizado en Tokio fue la densidad. Había muchos edificios altísimos, pegados los unos a los otros.

-Están tan cerca -murmuró, mirando por la ventanilla.

-¿Qué te gustaría ver? -le preguntó Leo-. Yo tendré muchas reuniones y vamos a cenar con el señor Kihoto, pero tú puedes dedicarte a explorar la ciudad. Mi secretario te ha buscado una guía e intérprete.

-No lo sé, tengo que trabajar, pero también quiero hacer un poco de turismo. -¿Nunca te tomas unas vacaciones?

-¿Y tú?

-Tienes razón -admitió Leo-. Supongo que querrás ir a comprar algún recuerdo. El guía puede acompañarte. Tengo un par de cosas en mente para ti.

-¿El qué?

-Son sorpresa -añadió sonriendo-. Confías en mí, ¿verdad?

A ella se le hizo un nudo en el estómago. «Sí y no», pensó, sorprendida por confiar algo en él. Siempre y cuando Leo no supiese cuáles eran sus planes, suponía que la cuidaría, pero si se enteraba ... Se estremeció sólo de pensado.

Al llegar al hotel, Leo la dejó dormir más de la cuenta para que se recuperase del jet lag. A la mañana siguiente, Calista se despertó sola. Se levantó y pasó mucho tiempo en el cuarto de baño, fascinada con todos sus avances.

Después, se obligó a trabajar, aunque la distrajo el bonito jardín que se veía desde la ventana. Tras mandar un correo electrónico a su despacho, llamó a la guía, que resultó ser una mujer encantadora, llamada Nakato. Ésta le dio un paseo por la ciudad y la llevó a una tienda de seis pisos en la que le compró una tontería a Leo.

Más tarde, se vistió para la cena. De repente, estaba nerviosa. Cuando Leo entró por la puerta, se sintió aliviada, al menos, hasta darse cuenta de que estaba muy pensativo.

-¿Qué talla reunión?

-Podía haber ido mejor. Me he enterado de que mi principal competidor ya ha venido a hablar con el señor Kihoto y que éste se ha llevado muy buena impresión, tanto de él como de su esposa. También creo que al señor Kihoto no le gusta que yo sea tan joven. Al menos, al haber venido con mujer he superado una de sus objeciones -murmuró entre dientes.

Calista se puso muy tensa al oír su último comentario.

-¿He oído bien? ¿Estás diciendo que necesitabas una esposa para conseguir cerrar el trato?

Leo se encogió de hombros.

-Mi estatus marital no tiene nada que ver con mi capacidad en los negocios, pero tener una esposa, ayuda.

-¿Te casaste conmigo para ganar puntos y conseguir el negocio? -inquirió, sorprendida y casi dolida a pesar de tener claro por qué se había casado ella con él.

-Tenía varios motivos para casarme contigo. Ya te lo he demostrado -respondió él, recorriéndola de pies a cabeza con la mirada-o Voy a darme una ducha rápida y estaré listo en unos minutos.

Calista se paseó de un lado a otro del salón, enfadada. En realidad, Leo no sentía nada por ella, sólo se había casado porque la necesitaba.

Unos minutos más tarde, Leo apareció en el salón de nuevo.

-La limusina nos está esperando. Vamos.

La agarró del codo cuando salieron del ascensor y ella se apartó. A pesar de que tenía planeado divorciarse seis meses más tarde, estaba indignada.

-¿Qué te pasa? -le preguntó él mientras subían a la limusina.

-Podías haberte casado con cualquiera -contestó ella-. ¿Por qué conmigo?

-Ya te lo he dicho. Porque captaste mi atención.

-Y porque no quería un bodorrio. Supongo que eso también jugó en mi favor, ¿no?

Leo se pasó las manos por la cara, frustrado.

-Escucha, no hace falta que finjas que estás molesta porque uno de los motivos por los que me casé contigo fuese ése. Recuerda que fuiste tú la que dijiste que querías casarte -apretó los labios-. A pesar de no ser virgen cuando hicimos los votos.

-Yo nunca dije que fuese virgen. Leo levantó una mano.

-Esto es una tontería. Los dos nos sentimos muy atraídos. Yo diría que más que la mayoría de los matrimonios. Ambos salimos ganando con esta boda. Aunque si querías un hombre romántico y emotivo, te has equivocado. Yo nunca he fingido serlo -la miró a los ojos-o Ahora, quiero conseguir este negocio, así que compórtate conmigo de forma cariñosa y ya volverás a enfadarte cuando estemos solos. Si te hace sentir mejor, te daré un cheque en blanco para que te lo gastes mañana.

-¿De verdad crees que me sentiría mejor yendo de compras?

-Le funciona a la mayoría de las mujeres, ¿no? -comentó él mientras la limusina se detenía.

A Calista le hubiese gustado enseñarle un par de cosas. Lo haría después de haberles pagado la universidad a sus hermanas.

-Eres un cerdo, pero no te preocupes, fingiré -le dijo antes de bajarse de la limusina.

Leo la condujo hasta el restaurante, donde su anfitrión los estaba esperando.

-Estás haciendo una montaña de un grano de arena -murmuró Leo

antes de llegar a su lado-. Sonríe, querida. Aquí vienen los Kihoto.

La pareja se acercó a ellos y Leo hizo las presentaciones. Calista sonrió a ambos.

-Tengo un detalle para usted -le dijo a la señora Rihoto.

Ésta sonrió con timidez.

-Oh, no, no puedo aceptarlo.

Calista sabía que los japoneses tenían la costumbre de rechazar los regalos hasta en tres ocasiones.

-Por favor, acéptelo. Es sólo un detalle.

La señora Rihoto inclinó la cabeza.

-Es muy amable y bella.

-Gracias. Y usted es muy generosa, viniendo a cenar con nosotros -dijo Calista, sintiendo la mirada de Leo clavada en ella.

-Lo has hecho muy bien -le susurró éste mientras se sentaban.

Ella sonrió.

-¿Es ahora cuando me dices «buena esposa» y me das una palmadita en la cabeza? -respondió ella, también en voz baja.

Leo rió con disimulo.

Calista consiguió terminar la cena sin clavarle un palillo. Incluso recordó decir el tradicional «Gochis os ama deshita» al final de la comida.

Aquello volvió a impresionar a Leo, y también al señor y a la señora Rihoto. Calista consiguió darle a ésta su regalo y recibió también uno de ella.

-Oh, qué bonito -dijo, admirando el envoltorio-. No era necesario. Su compañía ya ha sido un gran regalo.

La señora Rihoto insistió y Calista les dio las gracias a los dos. Cuando por fin subió a la limusina, se sintió aliviada.

-Has estado muy bien -admitió Leo-. Y tengo que demostrarte lo mucho que te lo agradezco. Dado que no te interesa ir de compras hasta quemarme las tarjetas de crédito, ¿qué es lo que quieres?

Calista apoyó la cabeza en el sillón de cuero y cerró los ojos, ya estaba un poco menos enfadada con Leo. No tenía que haberle sorprendido que se hubiese casado con ella por un motivo mercenario. Al fin y al cabo, el suyo también lo era. Salvo que ella lo hacía por sus hermanas.

-Una hamburguesa -contestó, mirándolo de reojo-. Y tal vez un cuarto de baño de ésos tan sofisticados.

Leo rió y se aflojó la corbata.

-A mí también me impresionó la primera vez que lo vi -dijo él.

Calista lo miró y se sintió más tranquila. Leo se acercó y le dio un beso en los labios. -Eres una esposa excelente.

-Te ha sorprendido que le comprase un regalo a la señora Kihoto -dijo ella-. Ya te dije que sabía cómo comportarme en diferentes

culturas.

-Es verdad. Sabía que eras buena, pero no tanto -dijo él, recorriendo su cuello con los labios.

Calista sintió calor muy a su pesar.

La tomó por la cintura y luego subió las manos hasta sus pechos.

-¿Qué estás haciendo? -susurró Calista.

-Seducir a mi esposa. ¿Está funcionando? Ella sintió que se derretía.

-Maldito seas.

-Demasiado tarde, ya estaba maldecido. Aunque tal vez tú puedas redimirme -le dijo Leo, bajándole la cremallera del vestido.

Después de un par de días en los que Calista estuvo trabajando en el hotel y haciendo algo de turismo, Leo la despertó una mañana antes del amanecer. Ella se tapó los ojos.

-Es demasiado temprano.

-Ya lo sé, pero la señora Kihoto se quedó tan impresionada contigo que quiere llevarte a un lugar especial esta tarde -le dijo Leo.

-¿Qué? -dijo ella, mirando entre los dedos al increíble hombre que estaba en la cama con ella. -Quiere llevarte aun templo y al mejor onsen de Tokio.

-Lo del templo me parece bien, pero no recuerdo lo que era un onsen.

-Te va a encantar, como a todo el mundo. Ella se apoyó en los codos y frunció el ceño.

-¿Cómo es? -preguntó.

-Es como nadar en una fuente termal.

Calista recordó de repente.

-Unos baños comunales. ¡Vaya tener que quedarme desnuda con la mujer de tu cliente!

-No es tan malo. Te gustará. Te ayudará a relajarte antes de la sorpresa que te tengo preparada para esta noche -le dio un beso rápido-. Luego te llamaré.

-Leo -le dijo ella, viendo cómo se alejaba-. Leo -repitió, tirado un cojín en su dirección, sin alcanzado. Se sintió frustrada.

Horas más tarde, después de haber visitado un tranquilo templo y de haberse bañado desnuda en una piscina con un montón de extrañas fascinadas con su pelo rubio, permitió a regañadientes que la llevasen a cenar a otro hotel. Le sorprendió la modestia del edificio.

-Es diferente -comentó.

-Sí -dijo Leo, guiándola hasta el interior.

Los llevaron a una bonita habitación con una enorme bañera y un gran baño, pero sin cama.

-¿Dónde vamos a dormir?

-En el suelo.

-Ah, estupendo.

Leo rió.
-No te precipites. Nos van a servir la cena en la habitación.
-¿Me darán un tenedor? -preguntó Calista.
-Sí.
Cenaron un pescado delicioso y bebieron champán.
-El champán no es tradicional, pero pensé que te gustaría. Y supuse que si nos traían margaritas, tal vez me volvieses a tirar una por encima -bromeó Leo.
-Este lugar es muy tranquilo -comentó ella mientras terminaba la cena-. Me gusta más de lo que pensaba.
-Pues todavía no hemos terminado -le dijo Leo, tendiéndole la mano-. Ven conmigo.
-¿Adónde me llevas?
-Te va a gustar.
-Lo mismo dijiste del baño comunal -respondió ella, levantándose a regañadientes. -¿Y te ha gustado?
-No ha estado tan mal como pensaba -admitió Calista.
Leo la llevó hasta el baño, donde la bañera estaba llena de agua humeante en cuya superficie flotaban pétalos de rosa. Calista lo miró.
-Ya me he bañado hoy.
-Pero no conmigo -replicó él mientras se desnudaba.
Calista lo observó, incapaz de apartar la vista de su cuerpo fuerte y musculoso. A pesar de que no había mucha luz, se dio cuenta de que tenía unas marcas en la espalda y un poco más abajo.
-¿Vienes? -le preguntó Leo.
Ella se levantó y empezó a quitarse la ropa.
-Ya me he bañado tres veces hoy, supongo que no pasará nada porque lo haga una más.
Entró en la enorme bañera y Leo le dio la mano para ayudarla.
-Está caliente -protestó.
-Te acostumbrarás -le dijo él, tomándola entre sus brazos.
A Calista le gustó sentir su cuerpo desnudo.
-Ya verás como dentro de unos minutos, desearás que esté todavía más caliente -añadió Leo.
-No creo -contestó ella, pero dejó que la metiese del todo en el agua.
Leo la besó. Ella cerró los ojos y la combinación del agua caliente y su cuerpo desnudo, rodeándola, la hizo sentirse como si acabas e de entrar en otra dimensión. Llevó las manos a sus hombros y frotó sus pechos contra el de él, que le separó los muslos y la ayudó a abrazarlo con ellos por la cintura, sentada en su regazo.
-¿Te gusta? -le preguntó Leo.
-Sí -respondió ella, decidiendo que bajaría la guardia sólo esa noche. Estaba muy lejos de sus hermanas, lejos de su trabajo y en los brazos de un hombre muy, muy fuerte-. Me gusta mucho.

Leo le sirvió a su esposa pescado para desayunar, y a ella pareció gustarle. Después de hacer el amor la noche anterior, Calista había dormido como un tronco. Leo la vio disfrutar de su último bocado de pescado y suspirar encantada.

-Estaba delicioso -comentó.

-Bien. ¿Te sientes ya compensada por el baño comunal?

-Si te digo la verdad, el baño me gustó y la señora Kihoto hizo que me pareciese la cosa más natural del mundo. Charlamos mucho y fue muy simpática conmigo -hizo una pausa y miró a Leo con curiosidad-. ¿Has hecho tú lo mismo con el señor Kihoto?

Él asintió.

-La última vez que estuve aquí. No fue nada del otro mundo. Los hombres no están tan obsesionados por sus cuerpos como las mujeres.

-Me he fijado en que tienes unas marcas en la espalda.

-Son de un accidente de tráfico, de cuando era pequeño.

-Lo siento.

-No me acuerdo de nada de lo que ocurrió antes del accidente.

-Ah.

-Fue antes de salir del cascarón -añadió.

-¿Cuántos años tenías?

-Unos ocho, pero da igual.

-¿Cómo puedes decir eso? ¿No crees que ha afectado a tu vida? -le preguntó.

Durante años, Leo había fantaseado con la familia que había tenido antes del accidente. Antes de que Lilah y Clyde le hubiesen rescatado. Sabía que su familia había fallecido en el accidente, pero no sabía si había tenido hermanos, ni cuántos. Ni cómo eran sus padres, ni si lo habían tratado bien. Ya de adulto, siempre había pensado que sus padres biológicos lo habían tratado mejor.

-No me gusta pensar en el pasado -comentó-, prefiero centrarme en el futuro.

-¿No piensas que puedes aprender cosas importantes de tu pasado?

-Ya he aprendido de mi pasado todo lo que tenía que aprender. Si me obsesionase con lo que ocurrió cuando era un niño, me volvería loco -hizo una pausa-. Nos marchamos esta noche. He quedado con tu guía para que te lleve a comprar unos recuerdos mientras yo vaya mi última reunión con el señor Kihoto. Y no te olvides del viaje a India dentro de un par de semanas. ¿Se lo has dicho ya a tu jefe?

-Tenía pensado volver de éste antes de pedirle permiso para hacer el siguiente -contestó ella con cierta irritación-o ¿Y si no puedo ir?

-Si no encuentras el modo de hacerla, te ayudaré yo -respondió Leo.

-¿Me estás amenazando?

-No, te estoy ofreciendo ayuda. Será mejor que no discutamos más de esto -añadió, yendo hacia el baño.

-Si te crees que te has casado con una mujercita sumisa, estás muy equivocado.

Él se detuvo y pensó en sus palabras. Después, se volvió a mirarla.

-Jamás he pensado que fueses sumisa, siempre pensé que eras una mujer adulta y razonable, dispuesta a hacer los cambios necesarios para adaptarte al matrimonio.

-¿Y qué cambios vas a hacer tú? -inquirió Calista, cruzándose de brazos.

-Haga los cambios que haga, no discutiré de tonterías contigo -y dicho aquello, entró en el baño y cerró la puerta tras de él.

***

Después de aquello, Leo la estuvo evitando. Era sorprendente lo lejos que parecían estar dentro del mismo avión. Cuando aterrizaron y llegaron a su piso, siguieron separados. A Calista no le importó, al menos, durante los dos primeros días. Tenía mucho trabajo y fue a ver a sus hermanas y a su prima ya llevarles unos regalos de Japón-

Y cuanto más pensaba en el accidente que Leo había tenido de niño, más curiosidad sentía. Al volver de casa de su prima, llamó a su detective privado.

-Hola, soy Rob. ¿Qué tal está, señora Grant?

-No me he cambiado de apellido -contestó ella, haciendo una mueca.

-Como si eso importase -dijo él-. Enhorabuena por haber cazado al más grande.

Ella ignoró su sarcasmo. Rob había querido salir con ella en el pasado, pero al final se habían hecho amigos y él le había hecho muy buen precio cuando le había pedido que investigase al hombre que había hecho que su padre llegase al límite.

-Me he enterado de algo últimamente que ha despertado mi curiosidad.

-¿El qué?

-Al parecer, Leo sufrió un terrible accidente cuando tenía unos ocho años. No se acuerda de nada de antes del accidente. Ni del accidente. Y no quiere hablar de ello.

-Debe de ser porque hay muchas personas que les desean lo peor, a su difunto padre y a él.

-Tal vez. Supongo que no debería pedirte que siguieses investigando.

-A tu querido esposo -dijo Rob en tono sarcástico.

-Está bien, ya veo que no quieres ayudarme. ¿Puedes decirme al menos en qué dirección debo ir para conseguir más información acerca de su niñez?

-Lo haré -contestó él-, pero me debes unas copas -añadió antes de colgar.

-No puedo… -empezó a decir ella, y luego se dio cuenta de que no había nadie al otro lado del teléfono.

Llegó al piso de Leo y abrió la puerta. Pensó que no tenía que haber llamado a Rob. Si a Leo no le interesaba su niñez, tampoco debía interesarle a ella. y, de todos modos, lo más probable era que Rob no averiguase nada.

Capítulo Seis

Calista recibió un mensaje en la Blackberry mientras comía en su despacho:

Reúnase con el señor Grant a las 18h30 de hoy para cenar con los Empresarios de Filadelfia. Ropa: de negocios informal. Un coche la recogerá a las 18h en el piso de la ciudad. Jueves noche, museo George Crandall para la entrega de becas de LG Enterprises y viernes noche Gran Celebración de las Artes en el río Delaware. Detalles más adelante. S. Miles, secretario de Leo Grant.

Calista se quedó mirando el mensaje de texto del secretario de su marido. Sacudió la cabeza. Aquello no era ni siquiera una invitación. Era una lista de apariciones obligatorias. Del maldito secretario.

Se puso furiosa. ¿Quién pensaba Leo que era?

Evidentemente don Importante Leo Grant. Llegó otro mensaje y Calista pensó en borrarlo sin tan siquiera leerlo, pero le perdió la curiosidad:

Se ruega confirmación. S. Miles, secretario de Leo Grant. Calista contó hasta diez para tranquilizarse.

Veinte veces.

Respiró hondo. Lo primero sería ignorar la orden. Lo segundo, bloquear el número de teléfono del secretario de Leo. Lo tercero, trabajar hasta tarde e ir al gimnasio después.

Leo se marchó a casa pronto después de la cena, preguntándose por qué no habría aparecido Calista. En la parte de atrás de la limusina, marcó su número de teléfono, pero le saltó el contestador. Se sintió molesto. A él tampoco le había apetecido ir a la cena, pero el organizador se lo había pedido por favor y, después, había resultado que le habían concedido un premio por crear trabajo en Filadelfia. El gesto lo había cohibido. No le gustaba que le hiciesen fotografías ni aparecer en los medios de comunicación, a pesar de haber cambiado mucho de cuando era un adolescente, siempre temía que alguien lo pudiese reconocer.

Volvió a marcar el número, pero le saltó de nuevo el contestador. Aquello lo preocupó. Se preguntó si Calista estaría bien. No era normal en ella, apagar el teléfono. La echaba de menos, pero, al mismo tiempo, no quería que le volviese a hacer preguntas acerca de su niñez. La conversación que habían mantenido en Japón había reabierto viejas heridas que Leo prefería olvidar. En el pasado, había llegado a contratar a un detective para que investigase su pasado, pero no había conseguido nada. No estaba seguro de quiénes habían sido sus padres biológicos y tenía que aceptar que jamás lo sabría. Nunca había querido reconocer a Clyde como padre y se alegraba de no haber sido su hijo.

-Esta noche estás muy callado, Leo. ¿En qué piensas? -le preguntó

George desde el volante. -En lo de siempre. Llamadas, reuniones. Hoy casi no he tenido tiempo de respirar -contestó.

-Hace unos días que no veo a tu esposa.

-Los dos hemos estado muy ocupados desde que volvimos de Japón. Cada uno tenemos nuestro trabajo, aunque no entiendo por qué no deja ella el suyo.

-Es un poco más independiente de lo que esperabas, ¿verdad? -continuó George, mirándolo por el espejo.

-Sí, es cierto -respondió Leo con cierta irritación.

-Si querías una gatita más dócil, no debías haberla escogido con uñas -comentó George-. Me da la sensación de que no es de las que acepta órdenes si no tiene un buen motivo.

Leo frunció el ceño.

-Tal vez.

-Aunque es raro que no deje su trabajo. O es muy independiente... o no está segura de que el matrimonio vaya a durar.

La idea crispó a Leo.

-Puedo estar equivocado -añadió George mientras detenía el coche delante de casa de Leo.

-Buenas noches, George. Y que tengas dulces sueños -se despidió Leo en tono seco antes de salir del coche.

-Igualmente.

Leo tomó el ascensor hasta el ático y entró en casa. Se detuvo para escuchar, a ver si oía a Calista. Brenda, la señora que se ocupaba de la casa, se acercó.

-Bienvenido a casa, señor. ¿Quiere algo? ¿Una copa? ¿Algo de comer?

Él negó con la cabeza.

-No, gracias. ¿Ha visto a mi esposa?

-SÍ, señor. Ha llegado hace unos veinte minutos y se ha ido directa al gimnasio.

-Gracias, Brenda -contestó Leo, y decidió servirse una copa él mismo.

Fue a su despacho y se puso un whisky. Se aflojó la corbata y miró cómo había ido la Bolsa. Luego miró el reloj y decidió ir al gimnasio.

Al abrir la puerta, la vio corriendo en la cinta.

Iba muy deprisa y el sudor le corría por los brazos y la espalda, cosa que le resultó muy atractiva.

Pasaron unos segundos y Calista disminuyó el ritmo hasta ponerse a caminar con rapidez. Leo se apoyó en la pared y esperó a que se bajase de la cinta y se quitase los cascos. Ella se giró y lo miró a los ojos. Se mostró sorprendida y, poco después, enfadada.

-Menuda carrera -comentó Leo.

-Es bueno correr para liberar estrés -contestó ella tomando una pesa

pequeña.

-¿Has tenido un día muy estresante? -sugirió él, acercándose, preguntándose por qué no había hecho más presión para tenerla en su cama desde que habían vuelto de Japón.

-Todavía me estoy poniendo al día, después del viaje.

-¿Has recibido un mensaje de mi secretario? Calista frunció el ceño.

-No estoy segura. Me ha llegado un spam y he decidido apagarlo hasta solucionar el problema.

-¿Un spam?

-Eso creo. Alguien a quien no conozco me ha mandado un mensaje con un montón de fechas y horas en las que se suponía que debía presentarme.

Leo la observó durante unos segundos, pero en sus ojos sólo había inocencia. Se aclaró la garganta.

-¿Era un mensaje de Samuel Miles?

Ella frunció el ceño y se encogió de hombros.

-No lo sé, era tan ridículo, que lo he borrado, pensando que era un spam.

Leo sintió algo más que irritación.

-¿Qué es lo que te ha parecido tan ridículo? Calista rió.

-Si mi marido quisiese que fuese a alguna parte con él, no me habría mandado un mensaje a través de su secretario. Para empezar, es increíblemente impersonal. Además, el mensaje no era una petición, sino una orden. Yeso me parece insultante. Y no puedo creer que mi marido pudiese hacer algo tan ridículo.

Aquello molestó y divirtió a Leo al mismo tiempo.

-Entendido -dijo, haciendo una mueca. Calista lo miró a los ojos y tomó aire.

-Para que lo sepas, he bloqueado su número.

-¿El de quién?

-El de la persona que me ha enviado el spam -contestó ella, levantando la barbilla-. No soy tu empleada, soy tu esposa.

Leo asintió.

-En ese caso, esposa, espero que duermas esta noche conmigo.

A Calista le brillaron los ojos y abrió la boca para protestar, pero Leo no le dejó hacerla.

-¿No es eso lo que hacen los esposos? -la retó.

A la mañana siguiente, Calista se despertó después de una noche en la que Leo le había hecho disfrutar de los mayores placeres sexuales. Se sentía elástica, dolorida e increíblemente bien y se dio cuenta de que, hasta que no había conocido a Leo, no había sabido lo que era la satisfacción sexual. Se miró el reloj y salió de la enorme cama. Él, por supuesto, se había levantado hacía mucho tiempo.

Se metió en la ducha y dejó que el chorro de agua aliviase el dolor y

las preocupaciones. Cuando Leo le hacía el amor, tomaba mucho más que su cuerpo, capturaba parte de su mente, tal vez incluso de su alma. Si es que la tenía.

Se secó y volvió a la habitación. Y allí vio un sobre con su nombre encima de la cama. Lo tomó, lo abrió y leyó la nota que había en él:

¿ Te gustaría comer conmigo hoy? El jueves tengo una cena benéfica y tu presencia la haría mucho más soportable, lo mismo que el viernes por la noche.

En la nota Leo le dejaba también su número de Blackberry. Aquella nota era mucho más personal. A Calista se le encogió el corazón.

Escribió su respuesta en un mensaje: Sí, sí y sí. Unas horas más tarde, se encontraba con él en uno de los restaurantes más lujosos de Filadelfia.

-Gracias por haber venido -le dijo Leo.

-Gracias a ti -contestó ella, dando un sorbo a su copa de agua. Lo miró, era el hombre que había ocupado su cuerpo y su alma la noche anterior-. ¿Qué tal va?

-Podría ser peor. Hemos conseguido la cuenta japonesa. Y seguro que ha sido gracias a ti.

-No sé. La señora Kihoto me lo puso muy fácil.

Sólo tuve que desnudarme delante de un grupo de señoras japonesas.

-Es curioso, a pesar de las actividades extracurriculares del señor Kihoto, valora la opinión de su mujer.

-O eso, o se ha dado cuenta de que le estabas ofreciendo un gran trato.

-Tal vez. ¿Qué quieres comer? Pide lo que te apetezca.

-Pescado, necesito alimentar mi cerebro al máximo. En especial, después de anoche.

-Me halagas. En ese caso, te pediré salmón. Unos minutos más tarde, el camarero llegó con su comida. Calista disfrutó de ella y estuvo más ocupada comiendo que con Leo. Necesitaba recuperar fuerzas.

-Estaba delicioso -comentó cuando hubo terminado.

-Sí -admitió Leo-. ¿Te gustaría ir a la casa del lago este fin de semana?

-Tengo que ir a ver a mis hermanas.

- Tráetelas -sugirió él.

-Si ya las conoces. Yo las quiero, pero pueden llegar a ser un fastidio.

-Tú también -contestó Leo mirándola de modo sugerente.

-Está bien, pero luego no digas que no te lo advertí.

Durante el resto de la semana, lo acompañó en sus obligaciones, cambiándose rápidamente de ropa después del trabajo. La primera noche, se encontraron en casa y Leo le hizo el amor. La segunda, la

hizo suya en la limusina. Y Calista se preguntó si volvería a sentirse normal en algún momento.

-Esto es una locura -le dijo, acurrucada entre sus brazos.

-Una locura en el sentido más positivo del término -le dijo él, dándole un beso. -¿Estás seguro?

-Sí, claro que sí.

Calista respiró hondo y se dejó arropar por él.

Leo hizo que se girase y la penetró. Calista se aferró a él, quería más, lo quería todo...

-Vaya ponerme boca arriba -le dijo Leo-. Puedes hacer conmigo lo que quieras.

Y ella lo hizo, aunque, al mismo tiempo, se dejó absorber por él.

Ese fin de semana, sus hermanas los acompañaron a la casa del lago. A Calista le impresionó lo bien que las trató Leo al ir a dar un paseo en su yate.

-¡Tu marido es el mejor! -comentó Tina en cierto momento, abrazando a su hermana.

A Leo le complació el cumplido, y le gustó todavía más que Calista lo mirase con apreciación. Al ver a las tres mujeres juntas, sintió algo que hacía mucho que había olvidado: las noches que había pasado deseando tener una familia diferente.

Leo animó a las gemelas a dar una vuelta subidas a una cámara neumática que iba atada al barco y ambas disfrutaron de la experiencia.

-Parece divertido -comentó Calista.

-¿Quieres probar? -le preguntó Leo.

-Ah, no, gracias.

-Deberías probado -la animó Tina-. Es más fácil que esquiar.

Calista negó con la cabeza.

-Yo iré contigo -se ofreció su hermana pequeña.

-Tina irá contigo, y Tami os vigilará -sugirió Leo.

-Venga -insistió Tina.

-De acuerdo -accedió Calista-, pero que Tami no se ponga a enviar mensajes por el móvil en vez de vigilamos.

Unos minutos más tarde, Calista y Tina se metían en el agua y Leo vio a Tami levantando el teléfono móvil.

-No te pongas a escribir.

-Sólo estaba haciéndoles una foto -contestó la chica-. ¿Estáis listas? -preguntó después a sus hermanas.

-Sí, pero id despacio -dijo Calista.

Leo arrancó y fue aumentando la velocidad poco a poco. Al oír gritos, miró a Tami.

-Tina quiere que vayas más rápido.

-¿Y Calista?

-Está bien.

Leo aumentó la velocidad y giró un par de veces.

La última, oyó un grito y miró inmediatamente por encima de su hombro.

-¿Está bien Calista?

Tami estaba ocupada haciendo fotografías con el móvil.

-Se han caído las dos.

-¿Qué? -inquirió Leo, buscándolas en el agua.

-Ha sido en el último giro -añadió Tami riendo.

Leo vio a Tina gritando contenta y, después, a Calista, que parecía asustada a pesar de llevar chaleco salvavidas. Leo se quitó la camisa, se tiró al agua y nadó hasta ella, que parecía no poder respirar.

-¿Estás bien? -le preguntó, sujetándola.

-Sí, pero voy a matar a mi hermana, que ha hecho algo raro con la cámara cuando has dado el último giro -contestó Calista riendo.

-¿De verdad estás bien?

Ella lo miró a los ojos y dejó de reír.

-¿Estabas preocupado?

-Me he acordado de la vez que te caíste del barco -contestó Leo, sintiéndose como un tonto.

-Y has pensado que me había dado un ataque de pánico. La verdad es que no, pero gracias por haber venido a buscarme -le dijo, sonriendo-. ¿Te has cansado ya de mis hermanas?

-Tenéis una relación muy interesante -contestó él, ayudándola a llegar al barco.

-Supongo que tú no has tenido hermanos.

-No que recuerde -admitió Leo mirándola a los ojos.

Calista dudó, lo miró y se mordió el labio.

-Debe de ser horrible, no poder recordar -comentó.

Leo no soportaba su compasión ni su empatía.

-Tal vez no merezca la pena recordar -respondió-. Sube. Tienes que secarte. Y aquí llega Tina.

Leo pilotó el yate de vuelta al muelle en silencio, pensando de nuevo en las noches que había pasado preguntándose cómo habría sido su familia.

-Gracias -le dijo Tami al llegar, dándole un abrazo. Vio que Calista los miraba y le devolvió el abrazo.

-Ha sido un placer. Quiero copias de esas fotografías.

Tami retrocedió y le sonrió.

-Trato hecho.

-¿Qué fotografías?

-Un par de ellas en las que salís Tina y tú en el agua -contestó Tami en tono inocente-. Pensaba ponerlas en Facebook esta noche.

-No lo hagas, no sea que os mande a las dos a un convento, en vez

de a la universidad.

***

Horas más tarde, después de cenar y de ver una película romántica en la sala de proyección de Leo, Calista subió a la habitación y se metió con cuidado en la cama.

-¿Te lo has pasado bien? -le preguntó él, sobresaltándola.

-Sí -contestó ella después de un par de segundos-. Y mis hermanas también. Muchas gracias. No sabes lo mucho que significa esto para mÍ.

-Me alegro de que hayáis disfrutado. Me ha encantado verte con tus hermanas, es increíble cómo habéis recompuesto vuestras vidas las tres.

Aquel comentario apagó un poco la alegría de Calista.

-Mi padre no era perfecto -comentó-, pero era cariñoso y nos hacía reír. Era muy optimista, tal vez demasiado a veces, pero lo echo de menos. Echo de menos su sonrisa y sus abrazos de oso.

Se hizo el silencio y Leo tomó su mano.

-Tienes suerte de tener esos recuerdos. Ella lo miró.

-Tú también debes de tener recuerdos de tus padres.

Leo apretó la mandíbula.

-Ninguno que desee recordar.

Calista lo estudió. Era evidente que no apreciaba demasiado a su padre.

-Cuando falleció mi padre -continuó-, no podía creerlo. ¿Cómo era posible que desapareciese de repente un hombre tan vital y positivo?

-Debió de ser muy duro.

-Mucho más que duro. No estaba preparada para enterarme de que había muerto. No era posible.

Leo guardó silencio y Calista notó que aumentaba la tensión entre ambos.

-Un hombre lo engañó para que invirtiese mucho dinero. Y lo perdió todo -añadió-o Pasó de ser el hombre más optimista del mundo a ser un hombre desesperado.

-Todo el mundo, incluso las buenas personas, pueden verse envueltas en situaciones difíciles -dijo Leo después de un silencio-. En algún momento, todo el mundo necesita un descanso. Escapar por el camino más corto.

-Lo dices como si hubieses pasado por algo similar.

Él entrecerró los ojos un instante y se encogió de hombros.

-Debió de ser cuando estaba en el huevo.

-¿Cómo era tu padre? ¿Después del accidente? -le preguntó ella.

-Ya sabes que nací de un cascarón.

-Pero tuviste un padre, ¿no? -insistió Calista.

-No -respondió él, apartando la mano de la de ella. De repente, estaban muy lejos el uno del otro-. No lo tuve. Deberías descansar. Si no, tus hermanas van a acabar contigo mañana.

Calista hundió la cabeza en la almohada y lo vio darse la vuelta y apartarse de ella. Esa noche no le haría el amor, ni la abrazaría. Era lo que ella quería. ¿No? Entonces, ¿por qué se sentía tan sola?

Capítulo Siete

El teléfono móvil de Calista sonó cuando iba a marcharse del trabajo. Miró la pantalla y vio que era su detective y amigo, Rob.

-Hola, ¿has averiguado algo ya?

-Tengo que hacerte un par de preguntas. Quedemos a tomar una copa -le dijo él.

-No estoy segura de que sea buena idea.

-¿Por qué? ¿Tienes miedo de que se queje tu maridito?

A Calista no le gustó aquella actitud.

-Ya sabes cuál es mi situación con mis hermanas. No me gusta que te burles de ella.

-Está bien, está bien, sólo quería quitarle hierro al asunto. Te veré en The Mark dentro de media hora.

-Media hora -protestó ella, pero Rob ya había colgado el teléfono.

Calista cerró el ordenador y bajó al garaje subterráneo para ir en coche a The Mark, que más que un restaurante o un bar, era un tugurio.

Al entrar, vio a Rob esperándola en la barra. -Eh, princesa -la saludó éste, dándole un beso en la mejilla-. Veo que te sienta bien la vida de casada -arqueó las cejas-. Me sorprende que no hayas dejado de trabajar.

-Eso es que no me conoces -contestó ella, sentándose a su lado en un taburete.

-No tan bien como me gustaría, es cierto. ¿Qué quieres tomar?

-Agua fría.

Rob hizo una mueca.

-Eres una aguafiestas. Relájate un poco.

-No quiero volver a casa oliendo a alcohol -le dijo Calista.

-Entendido. No quieres enfadar a don Ricachón antes de que haga su donativo. ¿Qué acuerdo prenupcial has firmado?

Ella sacudió la cabeza.

-Eso no es asunto tuyo. Me has dicho que tenías que hacer unas preguntas.

Él asintió.

-¿Qué tipo de accidente sufrió tu benefactor? ¿En qué año? ¿Cuántos años tenía?

Ella se encogió de hombros.

-Tenía ocho años -respondió, dando un trago al vaso de agua que acababa de llevarle el camarero.

-Pero no estás segura.

-No.

-Bueno, pues averigua todo lo que puedas sobre el accidente, qué edad tenía, qué heridas sufrió...

-Debió de sufrir una grave contusión, porque dice que no se acuerda

de nada de antes del accidente. Ni siquiera recuerda el accidente. Y tiene cicatrices en la espalda.

Rob silbó en voz baja.

-Parece que lo estás empezando a conocer muy bien.

Ella suspiró y lo miró a los ojos.

-¿Por qué tienes que transformado todo en un insulto o en un doble sentido?

-Vale, vale. Averigua todo lo que puedas sobre el accidente y la edad de don Ricachón cuando ocurrió. -Está bien. Seguiremos en contacto.

-¿Ya te marchas?

-Sí -respondió Calista con firmeza, levantándose del taburete. Estaba llegando a la puerta cuando entraron dos policías con un perro.

-Que no se mueva nadie. Esto es una redada -dijo uno de ellos.

-Perdonen, pero yo ya iba a marcharme -dijo ella.

-Pues no va a poder ser -respondió el oficial de policía.

Calista esperó con impaciencia a que los policías dejasen que el perro olfatease a varias personas. Tres hombres llevaban marihuana y cinco, pistolas ilegales.

De repente, alguien gritó:

-¡Fuego!

Todo el mundo corrió en estampida hacia la puerta y Calista estuvo a punto de ser aplastada. Notó que algo frío y húmedo le calaba el vestido y siguió avanzando. Al llegar al aparcamiento, respiró hondo varias veces mientras seguía corriendo hacia la parte de atrás del edificio. Un gorila le bloqueó el paso.

-Tengo mi coche ahí -protestó ella.

-Se ha incendiado la cocina -respondió el hombre-. No puedo dejar que pase.

-¿Y cómo se supone que voy a volver a casa? Él se encogió de hombros.

-Que la lleve alguien, o llame un taxi.

Calista gimió en silencio. Qué desastre. Aunque tenía el número de teléfono móvil de George, se negó a llamado. ¿Cómo iba a explicar qué estaba haciendo allí? Le dio una buena propina al gorila y le pidió que le llamase a un taxi. Diez minutos más tarde, iba de camino a casa de Leo. Se acordó de que éste le había dicho que trabajaría hasta tarde, así que al menos tenía la esperanza de que no estuviese en casa cuando llegase.

Media hora después estaba entrando en el ático. Se sintió aliviada. «No hay nada como estar en casa», pensó, aunque en realidad aquélla no fuese su casa. Al menos, se sentía segura allí. Fue a la cocina, se sirvió un vaso de agua y después se dirigió hacia las escaleras.

De pronto, apareció George.

-Llega tarde, señora Grant.

Ella se llevó una mano al pecho.

-Me ha asustado -se quejó.

-Lo siento, señora -se disculpó él. Hizo un gesto extraño con la nariz-. Yo diría que huele a alcohol y a tabaco.

-He estado en un bar con unos clientes. No he fumado ni he bebido -se defendió ella.

-Tiene que tener cuidado. Una mujer con su aspecto.

-Lo tengo.

-Bien -dijo él, estudiándola con la mirada-. Porque en Filadelfia hay muchos lugares peligrosos.

Ella asintió.

-Lo sé. ¿Sabe a qué hora va a llegar Leo a casa?

-Ya ha llegado, está arriba.

A Calista se le encogió el estómago.

-Gracias -dijo, subiendo las escaleras. Entró en la habitación y lo vio vestido de forma cómoda, trabajando con su ordenador portátil.

Al oída entrar, levantó la vista.

-¿Has tenido mucho trabajo? Ella hizo una mueca.

-He tenido que ir a tomar una copa con unos clientes. La próxima vez, seré maleducada y diré que no.

Leo arqueó una ceja.

-Siempre podrías dejar...

-Ya lo haré. Ahora tengo facturas que pagar.

-¿Qué facturas?

-La matrícula de la universidad, las medicinas para Tami -contestó ella, distraída.

Él asintió.

-¿No iba a ocuparse de ello mi contable? Yo puedo cubrir todos esos gastos.

Lo dijo como si se tratase de pagar una cena. Calista negó con la cabeza.

-No son tus hermanas.

-Son mis cuñadas.

Calista sintió que la tentación la debilitaba. Al fin y al cabo, aquélla había sido su meta.

-Deja de trabajar y yo me ocuparé de todo -insistió él.

Calista volvió de repente a la realidad. ¿Qué pasaría si Leo empezaba a pagárselo todo y su matrimonio fracasaba antes de los seis meses?

-No, gracias.

-¿Por qué no?

-Porque tal vez ahora no me importe dejar de trabajar, ¿pero qué pasará si después quiero volver a hacerlo?

-Sólo tendrás que volver a buscar trabajo -contestó él, encogiéndose de hombros.

-Ése es el problema, que tal vez no pueda hacerlo si tengo que acompañarte en tus viajes. Aunque te parezca sorprendente, muchas empresas no quieren que sus empleadas se marchen cuando sus maridos se lo piden.

-Y yo que pensaba que iba a convencerte para que llevases una vida perezosa y lujosa -la tomó entre sus brazos y frunció el ceño-. Hueles a tabaco y... ¿A whisky barato?

-Es probable -contestó ella, intentando no ponerse nerviosa-. En el último momento, unos clientes insistieron en ir a un bar. Yo tomé agua -aclaró-, pero hubo un incendio así que el local fue evacuado. No he podido volver en mi coche porque estaba aparcado cerca de donde se originó el fuego.

-Umm. ¿y por qué no llamaste a George?

-No quería molestarlo, así que llamé a un taxi. Iré mañana por el coche.

-¿Cómo se llamaba el local?

-¿The Mark? -respondió ella.

-¿Quién demonios ha querido llevarte a ese antro?

-Los clientes pensaban que era un lugar típico de Filadelfia. Yo sugerí un sitio con más clase...

-No quiero que vuelvas allí. Y si tienes que hacerlo, prométeme que nos llamarás a George o a mí. Mejor a mí.

Ella se mordió el labio.

-Prometido.

Leo se pasó la mano por el pelo.

-De verdad quiero que consideres dejar tu trabajo. Yo me ocuparé de todos tus gastos, tus deudas.

Era tentador, pero Calista sabía que debía esperar.

-Todavía no estoy preparada, pero gracias por el ofrecimiento -le contestó.

Leo la besó, derribando sus defensas con la fuerza de su cuerpo y de su personalidad.

-Me gusta tenerte -le dijo a Leo, pasando las manos por su pecho y subiéndolas hasta los hombros. Se apretó contra él y lo besó en los labios.

Él la besó apasionadamente, como si quisiera marcarla, poseerla.

-No quiero que vayas a sitios peligrosos.

-Llevo mucho tiempo viviendo en Filadelfia. No soy ninguna novata -contestó ella mientras Leo la besaba en el cuello.

-Pero hasta ahora no estabas casada con Leo Grant. Eso cambia muchas cosas.

Ella se apartó un poco.

-¿Qué quieres decir?

-Que tal vez haya quien quiera aprovecharse de ti porque eres mi esposa -le dijo él sin más-. Y no voy a permitir que eso ocurra.

-No sé a qué te refieres.

-Me refiero a que es la primera vez que estoy casado. Hasta ahora, las personas que se ocupan de mi seguridad estaban a tu disposición, pero creo que voy a hacer que siempre haya alguien cerca de ti.

-¿Cerca? -preguntó ella, frunciendo el ceño.

-No te preocupes, no te enterarás, pero estarán disponibles si los necesitas.

A Calista no le gustó la idea de que la observasen. -No creo que necesite tanta supervisión.

-No van a supervisarte, van a protegerte. Eres mi esposa, tengo que cuidar de ti.

Ella lo miró a los ojos y sintió una profunda pasión que le golpeó el corazón.

-No estoy acostumbrada a que nadie me vigile.

-Pues vete acostumbrando -dijo él-, porque ahora eres mía.

Le hizo el amor, dejándola sin habla y casi sin mente. Aunque, en el fondo, Calista recordaba que tenía que hacerle ciertas preguntas. Después de llegar al clímax, se acurrucó contra él, todavía sin aliento.

-No sé cuándo es tu cumpleaños -comentó poco después.

-¿Para qué quieres saberlo?

-Para comprarte una tarta.

Leo rió.

-El 3 de noviembre.

-¿De qué año?

-Tengo treinta y dos. ¿Por qué me lo preguntas ahora?

-Porque quiero saber más cosas de ti. ¿Cuántos años tenías cuando tuviste el accidente?

Él se quedó inmóvil.

-¿Por qué quieres saberlo?

A ella se le aceleró el corazón.

-Porque fue algo trascendental en tu vida. Soy tu esposa, es importante que sepa las cosas buenas y malas de tu pasado.

Leo respiró hondo.

-Tenía ocho años. No me acuerdo de nada, y lo odio.

-Tal vez sea mejor así. A lo mejor es demasiado doloroso.

-Preferiría tener un recuerdo doloroso a no tener ninguno -respondió él, dándole la espalda.

Era evidente que estaba muy dolido. Calista se sintió confundida. ¿Cómo podía sentir tanta empatía por un hombre que había contribuido a destruir su familia?

No pudo evitar abrazarlo y apretar los pechos contra su espalda.

Sintió que suspiraba. ¿Tenía ella el mismo efecto en Leo? ¿Le aportaba paz? A Calista le maravilló la idea de tener semejante poder sobre él. Aunque no podía ser cierto.

***

A la mañana siguiente, George estaba esperando a Leo en el coche.

-Buenos días, ¿qué tal está la señora Grant? -preguntó George.

-Bien.

-No sé por qué querían verse con ella unos clientes en ese lugar -comentó el chófer con evidente desaprobación.

-Y yo no tengo ningún motivo para pensar que no fue a ver a unos clientes. Al parecer, éstos habían oído que The Mark era un lugar típico de Filadelfia.

-Para las mafias.

-Al parecer, a ella tampoco le gustó.

-¿Y qué vas a hacer con respecto a su seguridad? -quiso saber George.

-Vaya asignarle un guardaespaldas, pero le diré que permanezca alejado de ella. No quiero que se sienta acosada por ser mi esposa.

George rió.

-Tendría que ser la más tonta del mundo para no saber que su vida cambiaría al casarse contigo.

-Tal vez lo supiera, pero tengo la sensación de que está luchando contra ello.

-¿Y qué vas a hacer?

-Esto es un matrimonio. Lleva tiempo ganarse la confianza de alguien, pero Calista confiará en mí. Y muy pronto.

-¿Y tú también confiarás en ella?

-Ya sabes que yo no confío en nadie -contestó

Leo-. Le he dado tu número de teléfono móvil, por si alguna vez lo necesita.

-De acuerdo, ¿pero y si averiguo que está haciendo algo que no va a gustarte?

-¿Como qué?

-No lo sé. Viendo a un antiguo novio. O a uno nuevo.

-No lo hará -le aseguró Leo. Porque aunque tal vez no tuviese todaVÍa la confianza y la adoración de Calista, sabía que tenía su pasión.

El teléfono móvil de Calista sonó el lunes por la mañana.

-Enhorabuena -le dijo una voz que le resultaba familiar.

Calista no reconoció el número.

-¿Quién es? -Jennifer. Tu compañera de habitación de la universidad. Ya sé que no hemos seguido en contacto, como dijimos, pero pensé que me llamarías si te casabas.

Calista frunció el ceño, confundida.

-¿Cómo sabes que me he casado?

-Sales en el periódico de hoy, hay una columna en la sección de sociedad acerca de la salida del mercado del soltero de oro de Filadelfia. ¿Acaso no eres tú la afortunada? ¿Cómo lo has hecho?

-Nos conocimos en una fiesta benéfica -respondió ella-. Conectamos al instante. Me pregunto cómo ha llegado al periódico ahora, si llevamos semanas casados.

Entonces se dio cuenta de que ni siquiera se lo había contado a sus compañeros de trabajo. -Tenemos que quedar a comer, para que me lo cuentes todo. ¿Cuándo te viene bien?

-No lo sé -dijo Calista, que no tenía ganas de enfrentarse a las preguntas de Jen-. Tendré que mirar la agenda del trabajo...

-Trabajo -repitió Jen-. No me digas que sigues trabajando.

En ese momento sonó un pitido que informaba a Calista de que tenía otra llamada.

-Oye, lo siento. Tengo otra llamada. Ya hablaremos -colgó y volvió a contestar-. ¿Dígame? -el número era del club social de mujeres de élite.

-Eres una asquerosa -le dijo Rachel-. ¿Por qué no te trajiste a tu marido a la reunión de la semana pasada?

Calista contuvo un suspiro.

-Hemos estado muy ocupados los dos.

-Pero habéis asistido a otros acontecimientos juntos.

-Eran obligaciones de Leo -se defendió Calista-. Lo siento, Rachel, pero ahora no puedo hablar. Tengo que volver al trabajo.

-¿Al trabajo? -repitió Rachel-. ¿Por qué sigues trabajando? -rió-. Oh, Calista, deberíamos hablar. ¿Por qué no vienes a cenar con Leo el viernes?

-Tengo que preguntárselo. Tiene mucho trabajo.

-Gracias por llamar. Seguro que nos vemos pronto. Adiós -y después de colgar, apagó el teléfono móvil.

Entonces llamaron a la puerta. Se levantó y, al abrirla, se encontró con tres de sus compañeras de trabajo, que sonreían de oreja a oreja. -¡Enhorabuena! Nos alegramos mucho -dijo Susan.

-Seguro que ya has presentado tu dimisión -comentó Anna-. ¿Sabes quién va a quedarse con tu despacho?

Calista se quedó boquiabierta.

-No...

Hal, su jefe, un hombre de mediana edad, se acercó también.

-Ahora entiendo que necesitases algo de tiempo fuera de la oficina. Me habías dicho que te habías casado, pero no con quién.

Calista sonrió con timidez.

-Queríamos mantenerlo un poco en secreto.

-¿Por qué? -le preguntó Susan-. Es la noticia más emocionante que he oído en mucho tiempo.

La secretaria de su jefe se acercó al grupo. -Hay una periodista al teléfono que quiere escribir un artículo acerca de ti y de tu marido. ¿No sería estupendo que aparecieseis en la portada? «La verdad es que no», pensó Calista.

-¿Puedes pedirle el correo electrónico y decirle que ya me pondré yo en contacto con ella? Antes tengo que hablarlo con mi marido, por supuesto. -¿Cuándo lo conociste? -quiso saber Susan-. ¿Comes alguna vez con él?

-No seas tonta -intervino Arma-. Ya ha dimitido, ¿verdad?

-No. Y no tenía pensado hacerla.

-¿Por qué? -le preguntó Anna.

Todo el mundo le hacía la misma pregunta. Entre los interrogatorios y las llamadas de teléfono, Calista terminó el día agotada y casi sin haber trabajado nada.

Hal fue a verla a su despacho.

-Has tenido un día muy ocupado, ¿verdad? Ella intentó sonreír.

-No te preocupes, me llevaré el trabajo a casa para no quedarme atrás.

-Tal vez sería mejor que te tomases una excedencia -sugirió él.

-¿Por qué? -preguntó Calista con miedo-. Sé que hoy he causado muchos problemas, pero pronto se tranquilizarán las cosas.

Hal sacudió la cabeza y rió.

-Creo que subestimas el interés que siente la gente por tu matrimonio. Mi secretaria se ha pasado media tarde contestando llamadas para ti.

-Lo siento. No pensé que sería para tanto. Por favor, no me eches.

-No te estoy despidiendo -le dijo Hal-. Sólo pienso que tanto para la empresa como para ti sería mejor que te tomases unos días para poner las cosas en orden. y, quién sabe, tal vez después de un tiempo sin trabajar, decidas que estás mejor así.

Ella sintió pánico.

-Quiero conservar mi trabajo, de verdad.

-Ya lo sé. Es lo que quieres ahora, pero podrías cambiar de opinión. Al menos, tómate el día de mañana y piensa en tomarte unos días. Estás recién casada, disfruta el momento.

Calista contuvo las ganas de llorar. Todo el mundo quería hablar con ella, felicitada y hacerle preguntas, y ella sólo deseaba gritar que era un matrimonio temporal, que no merecía la pena montar tanto jaleo al respecto.

Leo entró en casa después de haber estado boxeando con George, que le había dado un buen golpe en la cara.

Su ama de llaves se acercó a recibido.

-Buenas noches, señor Grant. Bienvenido a casa. ¿Desearía algo?

-Una bolsa de guisantes congelados -contestó. A la mujer le brillaron

los ojos con una mezcla de humor y comprensión.

-¿George ha vuelto a sentirse en la cumbre? Leo asintió.

-Mañana no estará tan contento. Le he dado fuerte en las costillas después de que me destrozase la mandíbula. ¿Está Calista en casa?

-Sí, señor. Lleva en el gimnasio algo más de una hora.

-Iré a verla.

Esperó a que Brenda le llevase la bolsa de guisantes y fue hacia el gimnasio, donde se encontró con Calista andando de un lado a otro con el ceño fruncido.

-¿Has tenido un mal día?

Ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos sin sonreír.

-Podría haber sido mejor. Para empezar, he ido a recoger el coche al aparcamiento de The Mark. -¿Has llamado a George para que te llevase?

-No, he tomado un taxi después del trabajo.

-Te dije que lo llamases si necesitabas ayuda.

-Eso no ha sido nada en comparación con el resto del día. ¿Has visto el periódico esta mañana? -Ah, te refieres a eso. Me lo ha contado mi secretario. Yo no suelo leer la crónica social.

-¿Y cuántas llamadas has recibido al respecto?

-No lo sé. Mi secretario las filtra y sabe que me gusta la intimidad.

-Hoy me habría venido bien tu secretario -murmuró Calista.

-¿Quieres uno?

-No. Lo que no quiero es que todo el mundo me llame. Hasta mi jefe me ha sugerido que me tome una excedencia.

-Supongo que no es buen momento para celebrarlo.

Calista lo fulminó con la mirada.

-No, no lo es. Jamás pensé que a la gente le interesaría tanto nuestro matrimonio.

Leo se encogió de hombros.

-A la gente le interesa todo lo que tenga que ver con el dinero.

-Me gustaría decir que no estoy de acuerdo, pero no puedo.

-¿Y qué vas a hacer?

-No lo sé, hoy he alterado bastante el ritmo de trabajo de la empresa.

-Pues márchate -sugirió Leo-. Deja que pague yo las facturas. No puede ser tan malo.

Calista se puso tensa.

-Estoy acostumbrada a cuidar sola de mí misma.

-Y puedes seguir haciéndolo, pero no hace falta que te ocupes de las facturas.

-Así podría hacer el viaje a la India sin problemas, ¿no?

-He pospuesto el viaje. El hijo del hombre con el que estoy negociando va a casarse. Y su padre está distraído -comentó Leo.

-Ah.

-Sí, ah -repitió él, tendiéndole la mano-. ¿Qué va a hacer falta para que te relajes?

Calista levantó la barbilla.

-¿y para que te relajes tú? -replicó. Leo rió en voz baja.

-Eso no va a ocurrir nunca -contestó, apretándola contra su cuerpo-, pero te cubriré. Relájate.

Por un segundo, tuvo la sensación de que Calista lo creía, pero entonces la vio cambiar de expresión.

-Tienes que recordar que siempre intento no depender de nadie.

-Pero yo soy diferente -le dijo él, dándole un beso en los labios.

-Estoy empezando a pensar que es verdad -susurró ella.

-Te voy a cuidar.

-No es necesario -protestó Calista.

-Deja que lo haga -la levantó del suelo para tomarla en brazos-. Déjame.

La llevó al baño del dormitorio principal y le hizo el amor allí.

Capítulo Ocho

A la semana siguiente, Calista se despertó todos los días presa del pánico. Debería estar trabajando, no relajándose. Necesitaba ganar dinero porque, al fin y al cabo, su matrimonio con Leo podía terminarse antes de que hubiesen pasado seis meses si éste se enteraba de la verdad. Si eso ocurría, ella se encontraría sin trabajo y no podría pagar la universidad de sus hermanas.

Recogió la habitación y pensó qué podía hacer después. Brenda se acercó a ella en varias ocasiones.

-¿Necesita algo? ¿Puedo ayudarla? Parece preocupada.

-No estoy acostumbrada a no hacer nada -le dijo Calista-. No sé qué hacer con el tiempo.

Brenda rió.

-Es la única mujer que conozco a la que le molesta estar tranquila.

-Siento que debería estar haciendo algo.

-Y tiene razón -le dijo Brenda-. Es la esposa del señor Grant.

Calista contuvo otra crisis de pánico. -Supongo que sí.

-Tiene que dejarme hacer mi trabajo para poder hacer el suyo -sugirió Brenda.

Cuando Leo llegó a casa esa noche, Calista le preguntó qué tal había ido su día, pero no escuchó la respuesta.

-Calista, ¿qué te pasa?

-Lo siento, pero me estoy volviendo loca sin trabajar.

-Pues haz más voluntariado.

Ella le dio un trago a su copa de vino y se quedó pensativa.

-El refugio canino... -dijo por fin-. Eso es, pasaré más tiempo allí. Gracias por el consejo.

-Me alegro de haber podido ayudarte.

Dos días más tarde, Calista llevó a casa un perro sin raza. La buena noticia era que estaba capado, la mala, que era un cachorro y le gustaba escarbar. Le puso de nombre Pooh.

-¿Pooh? -repitió Leo consternado-, pero si es un perro.

-No sabía cómo ponerle, y Winnie de Pooh es mi animal favorito -le explicó ella, acariciando al cachorro.

-Pooh es un oso.

-En realidad, es un animal con un gran corazón y mucha valentía -replicó Calista.

-Sigue pareciéndome raro -dijo él, sintiendo un cariño extraño por el perro. Nunca había tenido animales en casa cuando había vivido con Clyde y Lilah, pero le daba la sensación de haberlos tenido antes. Qué raro.

-¿Tiene puestas todas las vacunas? ¿Le has comprado una correa?

Calista levantó la correa y sonrió.

-Pensé que no iba a interesarte lo más mínimo el perro.

-Me pregunto si será capaz de atrapar un Frisbee.
-Pooh, van a hacerte unas pruebas de agilidad -bromeó Calista.
-Tengo que ayudarlo a superar lo del nombre.
Esa noche, enseñaron a Pooh a atrapar una pelota de tenis con la boca. O eso, o el animal descubrió de repente cómo hacerlo.
Calista rió a carcajadas al verlo.
-Es tan gracioso.
-Sí -admitió Leo, tirándole otra pelota y Pooh la atrapó-. Tenemos que llevarlo al lago.
-O a un parque de perros.
-Podemos ir a la finca que tengo a las afueras de la ciudad.
-Será un lío, volver luego a la ciudad con todo el tráfico.
-No si vamos en mi helicóptero.
-Son demasiadas molestias para un perro -comentó Calista sonriendo.
Leo suspiró.
-Dado que hemos adquirido el compromiso, tenemos que hacer las cosas bien.
-Eres un tonto -le dijo Calista, agarrándolo del cuello y acercándolo.
-Sólo cuando quiero -le advirtió Leo.
-Es una de las cosas que me gustan de ti -confesó ella antes de darle un beso.
Una semana más tarde, la llamó Rob. -Tengo información para ti.
-¿Qué tipo de información?
-Importante. Tendrás que invitarme a una copa.
O a muchas. Vamos a The Mark.
-De eso nada. La última vez hubo una redada, un incendio y no me dejaron recuperar mi coche. Elige otro lugar.
-Vaya, te has vuelto muy estirada, desde que te has casado con un archimillonario.
-Sé razonable.
-Está bien, ¿qué te parece el hotel Liberty? -le preguntó Rob.
-¿No conoces el significado de la palabra discreción, verdad?
-No quieres ir a The Mark. Este otro sitio es más de tu estilo. Te veré allí a las seis -y dicho aquello, colgó.
Calista se quedó mirando su teléfono móvil con el ceño fruncido. ¿Cómo iba a explicar su ausencia a la hora de la cena? Suspiró. Estaba decidida a conseguir respuestas. Le diría al secretario de Leo que no cenaría con él esa noche porque se iba de compras.
Fue al bar del hotel Liberty y esperó. Pidió agua para beber y siguió esperando. Marcó el número de Rob, pero éste no contestó. Esperó una hora más y después se marchó.
Volvió a casa en su coche porque no quería que George supiese dónde había estado. Al entrar, Pooh le saltó encima, haciéndola sentir

menos culpable. Lo acarició.

-¿Qué tallas compras? -preguntó Leo, corriendo también hacia ella.

-Bien. ¿Y tu día?

-Muy liado, como siempre. ¿Dónde están esos vestidos que te has comprado? -insistió Leo. -Tenían que hacerme unos arreglos.

-Ah.

-Sí -Calista siguió acariciando a Pooh-. ¿Ha causado muchos problemas? -No más que tú.

Calista hizo una mueca.

-He rechazado otras tres invitaciones para cenar y he contestado a varias organizaciones benéficas diciéndoles que lamentamos no poder asistir a sus fiestas. He desbloqueado el número de tu secretario, que me ha enviado un mensaje diciéndome que, dado que no vamos a dar entrevistas, tal vez debiésemos aparecer juntos en algún sitio. ¿Tienes preferencias?

-Que sea algún sitio del que podamos marcharnos temprano.

Ella rió.

-De acuerdo. Mi club femenino va a organizar una fiesta benéfica pronto, les he dicho que no podíamos asistir, pero la organizadora no ha dejado de insistir.

-Está bien, dile que iremos.

-También hay un taller el sábado que se llama Desarrolla tu cerebro. Quieren gente de todo tipo. -No sé qué voy a poder aportar yo en ese caso.

-Te subestimas -le dijo ella sonriendo.

Esa noche, Leo le hizo el amor con más pasión que nunca.

A pesar de haberla hecho suya en muchas ocasiones, seguía sin sentirse casado con Calista. Sentía una gran conexión con ella, pero, al mismo tiempo, también una cierta distancia. Sentía cosas que no entendía, que no estaba seguro de querer sentir. Ella también se estaba resistiendo.

Se quedó dormido enseguida y soñó con un perro que movía el rabo, con niños pequeños de pelo y ojos oscuros. Y con una mujer que le regañaba. Un hombre reía, feliz.

Tanto él como los otros chicos corrieron a cenar. Se sentó frente a un plato de lasaña y su aroma hizo que le rugiese el estómago. Dio un bocado. Era la lasaña más deliciosa que había probado en toda su vida.

Se despertó cubierto de un sudor frío. Se sentó e intentó encontrarle un sentido al sueño. De repente, sintió una mano en el brazo, era de Calista.

-¿Qué te pasa? -le preguntó medio dormida.

-Nada -respondió él-o He tenido un sueño muy raro.

-¿ Una pesadilla?

-No. Sólo un sueño.

Leo se preguntó por qué le había parecido tan real. Se tumbó despacio y respiró hondo varias veces. Se obligó a cerrar los ojos y volvió a ver las mismas imágenes que unos momentos antes. Se preguntó si eran reales o si era lo que él deseaba. O si eran imágenes de su vida antes de Clyde y Lilah.

¿Era posible que hubiese tenido una familia? ¿Un padre y una madre? ¿Hermanos?

El sábado, Calista se puso unos vaqueros y una blusa para ir a un taller de voluntariado. Encontró a Leo, que se había levantado mucho antes que ella, trabajando en su despacho de casa. Lo observó unos segundos y dejó que su mente jugase con la idea de que era su marido. Se le hizo un nudo en el estómago.

-¿Estás listo para ayudar a desarrollar algunos cerebros? -le preguntó.

Él la miró con cautela.

-No estoy seguro de ser la persona adecuada para ese trabajo.

-Por supuesto que sí. Eres inteligente. Y has tenido éxito.

-No me has dicho qué vamos a hacer exactamente.

-Podría ser cualquier cosa, desde leerle un libro a un niño hasta ayudarlo con las matemáticas. No se trata de hacer neurocirugía, no te preocupes.

-Tal vez yo no sea un buen ejemplo para los niños -dijo él en tono forzado.

-¿Por qué? -le preguntó ella, a pesar de saber que había engañado a mucha gente y había sacado dinero de ello-o No eres un sinvergüenza.

-No, pero malgasté mi juventud.

-Nadie es perfecto -dijo ella, enfadándose de repente-. Tienes mucho que aportar.

Leo sonrió de medio lado.

-¿Lo dices por experiencia?

Ella recordó cómo habían hecho el amor la noche anterior y se mordió el labio. -Era sólo una observación.

Leo cerró el ordenador y se levantó.

-Está bien, pero sólo podré quedarme una hora. Cuarenta y cinco minutos más tarde, Calista estaba ayudando a una niña llamada Kelly a hacer una división mientras un montón de gente rodeaba a Leo. Cuando hubo terminado, Calista se unió también a su clase.

-Cuando se quiere vender algo a alguien, hay que saber lo que quiere el comprador. ¿Qué necesita? Hay que darle lo que necesita.

-¿Y si no lo tienes? -preguntó un chico.

-Entonces, le dices dónde puede conseguirlo, o le demuestras que tu producto es la respuesta a todos sus problemas. Lo principal es escuchar al comprador y ayudarlo a ver que tú formas parte de la solución.

Calista lo observó y pensó que parecía muy seguro de sí mismo. No sabía si alguna vez se sentiría intimidado.

-Eso es todo por hoy -dijo él.

Todo el mundo, niños y adultos, se acercaron a él.

Todos querían darle la mano. Calista se preguntó si Leo habría aprendido lo que sabía de su padre. Un sabor amargo le inundó la boca. A su padre lo había engañado. No obstante, sabía que no era un demonio. Parecía desear realmente que todo el mundo tuviese éxito. ¿Era una farsa o era lo que pensaba de verdad?

Leo levantó la vista y la miró a los ojos. Ella se sintió emocionada al saber que era su esposa. Aunque, en el fondo, supiese que Leo no la amaba y que ella sólo quería su dinero. Lo vio acercarse.

-Vámonos -le dijo, y la condujo a la limusina.

-¿Cómo lo has hecho? -le preguntó ella una vez allí-. Les has encantado. Todos estaban pendientes de lo que decías.

Leo estaba tenso.

-Tal vez. Sólo oyen lo que quieren oír.

-¿Qué quieres decir?

-A casa -le dijo Leo a George.

-¿A cuál, señor?

-Fuera de la ciudad -le ordenó Leo.

Calista estudió su rostro y levantó la mano para tocarle la mandíbula, que tenía muy apretada.

-¿Qué es lo que te ha disgustado tanto?

Él le agarró la mano antes de que lo tocase.

-No estoy disgustado -contestó, encogiéndose de hombros-. Al verlos, me he acordado de...

-¿De qué? -insistió Calista.

-De algo que prefiero no recordar-respondió él.

-Les has dado esperanzas.

-Eso es lo que les estaba vendiendo.

-¿No crees que puedan tener esperanzas?

-Creo en el trabajo duro, en estar en el lugar y en el momento oportunos -respondió-. No es fácil ser pobre y querer tener una vida mejor.

-No, pero lo que les has dicho es verdad. ¿O sólo les has dicho lo que querían oír?

-No, dejé de hacer eso hace mucho tiempo. Calista arqueó las cejas al oír aquella confesión. -¿Cuándo?

-Poco después de salir del cascarón. Aprendí que la gente cree lo que quiere creer -levantó un dedo y lo llevó a sus labios-. Como tú, Calista. ¿Tú qué quieres creer acerca de mí?

La estaba mirando con tanta intensidad, que hizo que se le acelerase el corazón. Calista temió que pudiese incluso leerle la mente.

-Quiero... -no pudo seguir-. Creo que eres un hombre poderoso y carismático. Y creo que una parte de ti desea tener una familia-añadió sin pensarlo.

-¿Es lo que crees o lo que quieres creer?

En realidad, Calista quería creer que era una mala persona y que ella no debía sentirse culpable por haberse casado con él por dinero. Quería creer que no podía sentir nada por él porque había participado en el fracaso de su padre.

-Creo que todo ser humano nace de una madre y quiere y necesita ser amado.

Él la miró fijamente a los ojos.

-Te vaya hacer una advertencia. No exageres mis necesidades emocionales. Llevo toda la vida aprendiendo a vivir sin ellas. Y no vaya cambiar ahora.

-¿Me estás diciendo que en realidad no sientes nada por mí? -preguntó ella impávida-o Si es cierto, ¿por qué te casaste conmigo? Ah, ya, querías una esposa que te hiciese conseguir más clientes. ¿Por qué yo? Además de porque te convenía.

-Ya te he dicho que me fascinaste.

- Y te parecí un activo para tu negocio.

-Sí, pero también me fascinaste. No podía saciarme de ti, sigo sin hacerlo.

-Así que no sientes nada por mí y no tienes planeado hacerlo nunca. ¿Qué esperas de mí?

-Todo -contestó Leo-. Tu mente, tu cuerpo. Todo.

-Eso es ridículo. Y no es justo.

-Yo nunca he dicho que lo fuera.

Esa noche, volvió a hacerle el amor apasionadamente. A la mañana siguiente, Calista se sentía como una prostituta. ¿Qué estaba vendiendo para asegurar el futuro de sus hermanas?

Como se sentía asfixiada por sus sentimientos y por la farsa de su matrimonio, tomó a Pooh y fue a ver a sus hermanas. Según iba alejándose de Leo, fue consiguiendo respirar mejor.

Llevó algo de comida para hacer un picnic en el porche trasero de la casa de su prima.

-Es el mejor picnic de mi vida -comentó Sharon cuando hubieron terminado y las chicas y Justin se hubieron marchado a jugar a los videojuegos.

-Lo ha preparado el chef de Leo. Es increíble -le dijo Calista.

-Por supuesto, todo lo que tiene el gran Leo es increíble, incluida su esposa -bromeó su prima.

-No soy increíble, pero consigo sacar el trabajo adelante -fue su críptica respuesta.

-¿Qué quieres decir con eso? -le preguntó Sharon.

-Nada, era sólo una broma.
-¿Y qué talla vida de recién casada?
-Bien -contestó Calista-. Estupendamente. Ser la señora de Leo Grant significa trabajar a tiempo completo rechazando invitaciones a todo tipo de acontecimientos sociales, así que he dejado de trabajar.
Se hizo un silencio.
-Pues no pareces muy contenta -dijo Sharon por fin.
Calista rió para ocultar su malestar.
-Claro que sí, estoy contenta. Ahora puedo pasarme todo el día ociosa, ¿qué más podría pedir? -Si tú lo dices.
-¿Qué tal va Tami?
Su prima levanto una mano con los dedos cruzados.
-Espero que mejor. Siguen sin gustarme sus amigos, pero llega a casa a la hora. Ahora estoy preocupada, pero cuando se marche a la universidad en otoño ya no podré hacer nada.
-Tengo mucha suerte de que te preocupes por ella. Aunque yo también lo haga. Si necesitas ayuda, dímelo. Ahora que no trabajo, puedo venir aquí en cualquier momento.
-Gracias, pero creo que lo tengo todo bajo control -Sharon miró a su alrededor-. ¿Dónde está tu perrito?
-Oh, no -dijo Calista, poniéndose en pie-. Será mejor que lo encontremos, porque le gusta morderlo todo.
Unos minutos más tarde, lo hallaron en la cocina con la cabeza metida en el cubo de basura. -¡Pooh! ¡Para! -le dijo Calista, estirándole del collar-. Lo siento.
Sharon rió.
-No pasa nada.
-Debería irme -dijo Calista, dándole un abrazo a su prima-. Vaya despedirme del resto de la tripulación.
Abrazó a sus hermanas, al marido y al hijo de su prima y se subió al coche. Una vez allí pensó en lo que le había dicho su prima y se preguntó si tan evidente era que no se sentía feliz.
Pooh hizo el viaje de vuelta muy inquieto y, después de un rato, vomitó. Calista tuvo que detener el coche a un lado de la carretera y limpiado. Después, sacó a Pooh y esperó mientras el animal seguía vomitando. Cuando hubo terminado, volvió a subido al coche y condujo hasta casa de Leo. Desde allí, llamó a su prima.
-Siento molestarte, pero ¿podrías mirar qué había en tu cubo de basura? Pooh está enfermo.
-Vaya, espera que mire. Había una lata de tomate vacía, un cartón de zumo de naranja. Unas uvas viejas ...
-Eso ha sido. Las uvas son tóxicas para los perros.
-Oh, lo siento, Calista.
-Tengo que llevado al veterinario. Luego te llamaré.

Buscó el número de teléfono en las páginas amarillas que le llevó Meg, la señora que se ocupaba de la casa del lago y salió corriendo con ellas.

-¿Adónde le digo al señor Grant que ha ido?

-A un veterinario de urgencias -gritó ella volviendo al coche, entonces oyó algo, se giró y vio que tenía a Leo detrás de ella.

-Acabo de hablar con Meg. ¿Qué ocurre? Calista se sintió aliviada al verlo.

-Pooh está enfermo porque ha comido uvas del cubo de basura de mi prima. Son tóxicas para los perros.

-No lo sabía. Vamos a llevado al veterinario.

George acaba de decirme dónde hay uno. Dame las llaves, yo conduciré.

Calista acarició al perro por el camino. Pooh jadeaba y tenía los ojos cerrados. Calista no quiso pensar en la posibilidad de perderlo.

Al llegar al veterinario, Leo y Calista corrieron al interior.

-Ha comido uvas -le dijo ésta a la recepcionista. Veinte minutos más tarde, el veterinario lo estaba atendiendo. Mientras esperaba fuera, Calista luchó contra las lágrimas. Se sentía fatal por no haber cuidado mejor del animal.

Leo se acercó a ella y la abrazó y ese gesto hizo que se desmoronase y se pusiese a llorar.

-Oh, Leo, me siento fatal. Es tan buen perro.

No se merece que casi lo haya matado.

-Tú no lo has matado -la tranquilizó él, acariciándole el pelo-. Y no sabemos lo que va a pasar.

-Debí haberlo vigilado.

-Deja de culparte. Tal vez salga todo bien.

Quizás fuese una locura apoyarse en Leo, pero Calista no tenía ganas de resistirse. Aunque él no lo admitiese, también sentía mucho cariño por el animal, que había conseguido unidos.

Unos segundos después, apareció una ayudante. -El doctor Keller ha conseguido estabilizado, si quieren pasar a ver a Pooh.

El veterinario los miró con comprensión.

-Lo han hecho muy bien, al traerlo tan pronto.

Creo que va a recuperarse.

Calista se sintió aliviada.

-Gracias -dijo-. Me siento tan mal. El veterinario sacudió la cabeza.

-Son cosas que pasan, pero ha tenido suerte.

Debe quedarse esta noche en observación.

-Aquí tiene mi teléfono móvil por si ocurre algo -le dijo Leo, sacando una tarjeta de visita.

Después acompañó a Calista de vuelta al coche.

-Siento haberme puesto tan tonta -le dijo ella, hundiéndose en el

asiento-. Suelo ser más fría.

-La gente le toma cariño a los animales -comentó él mientras salían del aparcamiento-. Por desgracia, cuando se adquiere una mascota, uno ya sabe que va a perderla en algún momento.

-¿Eso piensas? Entonces, ¿por qué has actuado como si también te gustase Pooh?

-No he actuado -respondió él, molesto-. Tendría que ser un ogro para que no me gustase Pooh. Es cariñoso y juguetón. Sólo estoy corroborando un hecho. Cuando tienes una mascota, sabes que su desaparición forma parte de la ecuación.

-Lo dices como si lo supieses por experiencia. Él frunció el ceño y juró entre dientes.

-Pues no es una experiencia que pueda recordar. Calista lo miró y pensó que era el hombre más

fuerte y dominante que había conocido, pero también sintió que había un vacío en él. Un vacío que él negaba y que ella quería llenar. ¿Por qué? Sabía que era muy peligroso rendirse a sus sentimientos, pero estaba empezando a preguntarse si podría evitarlo. Se sentía como si estuviese al borde de un precipicio y cada vez le costase más guardar el equilibrio.

Si hubiese sido lista, habría girado la cabeza hacia la ventanilla y habría continuado controlando sus emociones, pero en esos momentos no podía hacerla. Alargó el brazo y apoyó la mano en el de Leo.

Él la miró.

-Gracias por haber venido conmigo -le dijo-. Lo habría hecho sola, pero me has ayudado mucho. Desde que mis padres fallecieron, he tenido que hacerlo todo por mí misma. No estoy acostumbrada a depender de nadie.

-Estás casada conmigo. Ahora, puedes depender de mí.

Pero Calista sabía que no podía hacerla. No obstante, decidió darse el lujo de fingir que sí podía.

Capítulo Nueve

-Espero que no te importe, pero esta noche no tengo ganas de cenar mucho -le dijo Calista a Leo al llegar a casa.

-Has tenido un día muy duro. Date una ducha.

Yo tengo que hacer un par de llamadas y luego subiré contigo, más o menos dentro de una hora -le dijo él-. Le pediré a Meg que nos prepare unos sándwiches -le dio un beso en la frente.

Calista siguió su consejo y subió a la habitación, pero en vez de darse una ducha, decidió darse un baño. Al fin y al cabo, tenía una hora. Mientras llenaba la bañera, Meg apareció con una copa de vino muy frío. Calista sonrió y le dio las gracias. Un gesto amable de Leo, sospechó. Se desnudó y se metió en la bañera de agua caliente.

Pensó en Pooh y en sus hermanas, y se dijo que ambos estaban en buenas manos. Luego, tomó la copa de vino y le dio otro trago, después, cerró los ojos.

-Esto es toda una alegría para la vista -dijo Leo. Ella abrió los ojos al oír su voz y se sentó, derramando el vino sobre su pecho.

-Podías haber llamado a la puerta.

-De eso nada -contestó Leo, con una mano apoyada en la cadera, la otra sujetando una copa de vino y devorándola con la mirada-o Había tanto silencio que pensé que te habías desmayado.

Se acercó a ella, dejó la copa en el borde de la bañera y a Calista se le aceleró el corazón.

-Pues ya ves que no -contestó.

Leo se quitó la camisa y se desabrochó los pantalones. y, segundos más tarde, los calzoncillos caían al suelo. A Calista le dio la sensación de que el agua se calentaba todavía más.

-¿Te importa si te acompaño? -preguntó él mientras se metía en la bañera.

-Creo que no me has dado opción a decirte que no -le respondió ella, intentando no quedarse fascinada con su impresionante físico.

-No hace falta que me des las gracias todavía -comentó él, sonriendo con malicia y sentándose justo detrás de ella.

-Leo, se supone que tengo que relajarme.

-Y vas a hacerlo -le aseguró, dándole un beso en el hombro.

-¿Cómo puedes... ?

-Confía en mí -la interrumpió, besándola en los labios.

¿Confiar en él? ¿Cómo iba a hacerlo? Empezó a notar sus seductoras caricias e intentó girarse hacia él, pero Leo no la dejó. Bajó la mano y le acarició entre los muslos. Calista gimió y él volvió a besarla. Sus caricias hicieron que perdiese la razón. Unos segundos más tarde, había llegado al clímax.

-Oh, Leo -susurró.

-Ahora, ya puedes darte la vuelta.

Calista lo hizo y le tapó la boca con los dedos.

-Y yo quiero que tú te pongas de pie.

Leo frunció el ceño, tenía los ojos brillantes de deseo.

-¿Por qué?

-Hazlo -susurró ella.

Cuando lo hizo, Calista se puso de rodillas y tomó su erección con los labios mientras lo miraba a los ojos.

Leo dijo algo entre dientes, enredó los dedos en su pelo y la apartó.

-Ya es suficiente -murmuró.

La ayudó a levantarse y la llevó hasta la cama, donde se tumbó encima de ella.

-Necesito hacerte mía -le dijo.

Y la penetró de un solo empellón. Calista lo miró a los ojos y el poder que vio en ellos le hizo sentir que debía apartar la vista. Era como si Leo estuviese tomando algo más que su cuerpo. Estaba tomando su alma.

Cuando Calista se despertó a la mañana siguiente, estaba agotada. Leo le había hecho el amor varias veces durante la noche. Abrió los ojos y vio que él ya no estaba. Se sintió decepcionada, aunque no sorprendida. Casi siempre se levantaba antes que ella por las mañanas. Se sintió terriblemente sola.

Apartó las sábanas y se levantó.

-Esto es ridículo -protestó-. Tumbada en la cama como una mujer ñoña, desvalida y enamorada. Yo no estoy enamorada -se dijo, mientras se miraba en el espejo del baño. Tenía un plan e iba a llevarlo a cabo.

Sin embargo, su reflejo la contradijo. Calista se llevó la mano a los labios hinchados. Tenía la piel pálida, los ojos inyectados de sangre, estaba despeinada. y, lo que era peor, había tristeza y deseo en su mirada.

Incapaz de seguir presenciando aquello, cerró los ojos y se dio la vuelta. Respiró hondo. Luego, abrió la ducha, decidida a deshacerse de su vulnerabilidad con el chorro de agua.

-Calista -dijo Leo desde la puerta.

Ella se sobresaltó y deseó estar vestida. Como no lo estaba, se cruzó de brazos para intentar taparse el pecho.

-Pensé que te habías marchado.

-Enseguida lo haré -contestó él, ofreciéndole una humeante taza de café-. Quería hablar antes con el veterinario. Me ha dicho que quiere que Pooh se quede allí una noche más.

-¿Ha ocurrido algo? ¿Ha empeorado su estado?

-No, sólo quieren asegurarse de que está bien.

Si no pasa nada, iremos a buscado mañana.

-¿Estás seguro? -preguntó Calista, dejando la taza de café en una mesita que había dentro del baño.

-Sí, estoy seguro -contestó Leo, sonriendo de medio lado-. y, ahora, métete en esa ducha antes de que decida que necesito hacer lo mismo que anoche.

Calista no sabía si su cuerpo y sus emociones lo habrían soportado, así que se metió corriendo debajo del chorro de agua. Unos minutos después salió y le dio otro trago a su café, que sabía a vainilla y avellana. Aquello la sorprendió, Leo siempre tomaba el café solo, sin nada más. Se preguntó si era él o Meg quien conocía sus gustos.

Después seleccionó varios actos a los que a Leo podía interesarle asistir, habló con sus hermanas y prima y las tranquilizó acerca del estado de Pooh.

-Odio tener que decirte esto -le dijo su prima-, pero estoy casi segura de que Tami ha vuelto a fumar.

A Calista se le hizo un nudo en el estómago.

-Pero si le va fatal para el asma.

-Ya lo sé. Y se lo he dicho, pero no sé qué más hacer. Cuando se marchen a la universidad, ni tú ni yo podremos controlarla.

Calista suspiró.

-No me gusta nada la situación. ¿Crees que la ayudaría hablar con un médico?

-No lo sé -respondió su prima-. Es una adolescente. No obstante, la vaya atar más corto. Le he dicho que prefiero que traiga aquí a sus amigos a que salga ella.

-¿Y qué le ha parecido?

-No le ha gustado, pero no vaya darle elección.

-Gracias. Pensaré en ello. Tiene que haber una solución -le dijo Calista.

-Sólo quería que lo supieras. Hasta pronto -se despidió Sharon.

-Sí, hasta pronto.

Calista estaba pensando en sus hermanas cuando apareció Meg.

-Señora Grant, tiene visita, el señor Rob Miller. Aquello sorprendió e incomodó a Calista.

-Ah. Esto... Es un colega de trabajo. Creo que quería hacerme unas preguntas acerca de mis proyectos. Por favor, acompáñalo al porche trasero. No tardaré.

¿Por qué se había presentado Rob allí sin avisarla? Calista sintió miedo. ¿Cómo se lo iba a explicar a Leo?

Respiró hondo. Se tranquilizaría y le pediría que se viesen en otro sitio. Fue hacia el porche, salió y cerró la puerta tras de ella.

Rob se giró a saludarla.

-Bonita casa.

Ella se mordió el labio.

-¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me has llamado antes? -le preguntó en voz baja.

-Has cambiado de teléfono móvil. Y he llamado a tu trabajo y me han dicho que te habías tomado una excedencia. Eh, si no quieres la información ...

-Sí, sí -dijo ella, con un nudo en el estómago-. ¿Qué has averiguado acerca de Leo?

-No se trata sólo de Leo, sino también de tu padre.

-¿Qué quieres decir?

-Odio ser yo quién te dé la noticia, pero creo que deberías saberlo. No quería que vieses esto escrito en un informe.

A ella se le aceleró el corazón. -¿Qué? ¿Qué es?

Él se acercó, la agarró de la mano y le dijo en voz baja:

-Tu padre no falleció de un infarto. Se suicidó.

Leo decidió marcharse pronto del despacho. A pesar de su viaje a Japón, se había dado cuenta de que, en realidad, Calista y él no habían tenido una luna de miel de verdad. A pesar de que en esos momentos no podían hacer un viaje, le diría a Calista que escogiese un destino. No estaba tan mal, estar casado. Recordó cómo se había derretido su esposa entre sus brazos la noche anterior y tuvo ganas de volver a estar a su lado.

Meg lo saludó al llegar a casa. -Bienvenido, señor Grant.

-Gracias, Meg. ¿Sabes dónde está Calista?

-Tiene una visita. Está con él en el porche trasero.

¿Con él? Leo frunció el ceño. Aquello no le gustaba nada. Fue directo al porche trasero y se detuvo de repente al ver a Calista en los brazos de otro hombre. Se le hizo un nudo en el estómago. Él le acariciaba la espalda y ella se estaba aferrando a sus hombros.

¿Quién era? ¿Qué estaba haciendo con ella? ¿Y ella con él? Aquélla era su casa, maldita sea.

Respiró hondo y salió al porche.

-¿Alguien quiere contarme lo que está pasando aquí?

Calista se apartó del hombre, sorprendida, con expresión de culpabilidad.

-¿Leo?

-Sí, soy yo. Tú marido. Quieres presentarme a tu... -hizo una pausa-. Invitado.

Ella se humedeció los labios con nerviosismo.

-Éste es Rob, ya iba a marcharse.

-Lo siento. Ya hablaremos -le dijo Rob a Calista, saliendo del porche.

-¿Quieres explicarme lo que acabo de ver? -le pidió Leo a Calista.

-No es lo que parece.

-Entonces, ¿qué es?

-Es difícil de explicar.

-Seguro que sí. ¿Desde cuándo tienes una relación con él?

-No tengo ninguna relación con él. Te lo juro.
-Entonces, ¿por qué estabais abrazados?
Calista cerró los ojos un segundo y respiró hondo.
-Es detective privado. Acaba de decirme que mi padre no murió de un infarto. Se suicidó. No lo sabía -dijo Calista con la voz quebrada.
-Si es detective, ¿por qué te estaba abrazando?
-Porque también es mi amigo.
-¿Sólo un amigo? -preguntó Leo, lleno de dudas.
-Sí -insistió ella-. Tienes que creerme. Jamás pondría en riesgo nuestro matrimonio con un estúpido lío.
-¿Por qué no? -espetó Leo, sintiéndose tonto por haber estado a punto de confiar en ella.
-No lo haría. No podría -cerró los ojos-. Nuestro matrimonio es demasiado importante para mí.
-Por mi dinero -la provocó Leo.
Ella abrió los ojos y lo miró, sorprendida. Volvió a respirar hondo.
-Sí, pero no es para mí, sino para mis hermanas. Necesito el dinero para su educación, y para los problemas de salud de Tami.
-¿Por eso te casaste conmigo? -quiso saber Leo.
-¿Quién eres tú para juzgarme? -inquirió ella con frialdad-. Sé que tu padre y tú os pusisteis de acuerdo para engañar a mi padre. Y él se quitó la vida por ello.
Leo la miró con incredulidad.
-¿Lo sabías? -sacudió la cabeza-. ¿Por qué no te limitaste a chantajearme?
-No se me ocurrió. Quería que mis hermanas tuviesen una buena educación y yo no podía pagársela. Ya había tenido que pagar muchas otras deudas de mi familia.
Él rió sin ganas.
-Me has utilizado.
Calista levantó la barbilla y lo miró a los ojos.
-Lo mismo que tú a mí, para conseguir la cuenta japonesa.
-Mi dulce y pequeña Calista, jamás lo habría imaginado.
-No lo habría hecho si no lo hubiese estimado necesario -le dijo ella, había dolor en sus ojos.
Leo sacudió la cabeza.
-¿Hasta cuándo pensabas seguir con esta farsa? -recordó el acuerdo prenupcial-. Supongo que seis meses.
-Por eso no puedo haber tenido una aventura.
Por eso, y porque jamás me acostaría con un hombre estando casada con otro.
-Supongo que eso nunca lo sabré, ¿no?
Leo vio dolor en sus bonitos ojos verdes, y casi arrepentimiento. Casi. Podía darle el dinero y pedirle que se marchase. O pedirle que se

marchase sin darle nada. No obstante, él sabía que había contribuido a que su padre fuese a la quiebra. En esos momentos, no soportaba verla, pero era sobre todo porque era como un espejo de sus pecados del pasado.

-Quédate en mi habitación esta noche. Yo me iré a la ciudad.

Ella parpadeó sorprendida, como si hubiese esperado que la echase de casa. Leo quería hacerla. Ojalá hubiese podido echarla, pero algo en su interior se lo impedía.

-Puedes recoger a Pooh por la mañana -se giró y empezó a alejarse de ella.

-Leo -lo llamó Calista. Él se detuvo.

-¿Qué?

-Que no esperaba que las cosas saliesen así.

Él salió por la puerta.

Jamás se había sentido tan engañado en toda su vida. Había deseado creer en ella, protegerla. Había pensado que ella haría que fuese mejor persona. Con Calista como esposa, era más fácil que la gente se olvidase de su pasado, y lo había ayudado a conseguir también nuevos clientes.

Tenía que tomar una decisión. Podía dejarla libre o quedarse con ella. Le haría pagar por lo que había hecho. Podía arruinarle la vida, pero tal vez eso lo hiciese infeliz a él también.

No era una decisión para ser tomada en caliente. Necesitaba tiempo y distancia.

Calista no supo qué hacer, no había esperado confesarle a Leo sus motivos para casarse con él. No sabía si debía marcharse o quedarse. Si pensaba en sus hermanas y en sus inesperados sentimientos por Leo, debía quedarse. Intentó hacer lo posible para dormirse: ejercicio, un baño, un vaso de leche tibia.

Se acostó, apagó las luces, pero no pudo cerrar los ojos. Suspiró, se giró y se obligó a cerrarlos. Inmediatamente inundaron su mente imágenes de Leo. Leo riendo. Leo preocupado por Pooh. Leo haciéndole el amor.

¿Qué iba a hacer?

Leo era un hombre duro, no podía haberle hecho daño.

Volvió a cerrar los ojos y se obligó a dormir.

A la mañana siguiente, fue a buscar a Pooh, que estaba aturdido, pero sacudió el rabo al verla.

Se pasó el resto del día pendiente del perro y preguntándose qué decidiría Leo acerca de su matrimonio. Al anochecer, se sintió más sola que nunca. Se consoló con la presencia del cachorro y se preparó para meterse en la cama y pasarse otra noche en vela.

A la tarde siguiente, la llamó su prima Sharon por teléfono.

-Calista, tengo malas noticias. Tami ha sufrido un accidente -le

anunció con voz temblorosa.

-Oh, no. ¿Está bien? ¿Está en el hospital?

-Estamos todos en el hospital. Tiene arañazos y contusiones -hizo una pausa-. Iba conduciendo bebida.

Calista cerró los ojos y sacudió la cabeza. Se sintió culpable por no haber hecho nada para evitarlo.

-Oh, Dios mío.

-Ojalá pudiésemos hacer que cambiase de amistades. Y siento decirte esto, pero el hospital no va a ser gratis.

-No, claro que no. Ahora mismo voy para allá. Calista apagó el ordenador y fue a cambiarse de ropa. Se preguntó si debía contárselo a Leo. Decidió mandarle un mensaje a la Blackberry y se marchó después de pedirle a Meg que se ocupase del perro.

Llevaba dos minutos conduciendo cuando sonó su teléfono.

-¿Dígame?

-Soy Leo.

A Calista se le aceleró el corazón al oír su voz.

-Hola.

-He visto tu mensaje. ¿Qué ha ocurrido? ¿Le ha pasado algo a Tami?

-No está muy mal. Iba conduciendo el coche de mi prima y ha chocado contra una señal de tráfico. Por desgracia, también estaba borracha.

Leo juró entre dientes.

-Sí. Sharon ya me había advertido que no le gustaban sus amigos. Estoy preocupada por ella. -Tal vez debieras traerla a casa.

Aquello sorprendió a Calista.

-Yo ... -se aclaró la garganta-. No sabía si debía quedarme en tu casa.

-Yo no te he dicho que tengas que marcharte.

-No, pero te fuiste tú. Y con motivos.

-Ya hablaremos de eso después. Ahora, tienes que volcarte en Tami. Si la traes una temporada con nosotros, podrá pasar página y centrarse.

-¿Por qué ofreces tu casa a mi hermana?

-Porque tal vez en el pasado eludí mis responsabilidades, pero ya no lo hago. -¿Estás seguro?

-Claro, mantenme informado.

-De acuerdo. Leo, graci...

-No me las des -la interrumpió él-. Conduce con cuidado.

A la tarde siguiente, Calista ayudó a Tami a instalarse en uno de los dormitorios de casa de Leo mientras éste se tomaba un whisky en su habitación y la esperaba. Después de calmarse, ya no estaba tan enfadado con ella. Hasta el momento, lo había pagado todo con su dinero, mientras que cualquier otra se habría puesto a gastar el de él como una loca.

Además, se sentía en cierto modo responsable de ella y de sus hermanas.

La puerta de la habitación se abrió y apareció

Calista. Lo miró a los ojos, muy seria.

-Hola.

-Hola -contestó él-. Siéntate. ¿Cómo está Tami?

-Está intentando ser fuerte, pero se ha acostado

con un peluche -le contó Calista-. Ha dicho que lo siente.

-Buen comienzo. Hay que empezar por admitir que se ha hecho algo mal para cambiar -dio otro trago a su copa-o Lo digo por experiencia.

-¿Eso te pasó a ti?

-Mi padre adoptivo me pegaba. También amenazaba con pegar a mi madre adoptiva. Era manipulador, me enseñó a mentir, a explotar a los demás.

-Pero ya no eres así, ¿verdad?

Leo se encogió de hombros.

-Todo el mundo puede ser manipulador -respondió él.

-Sí, yo tampoco soy inocente en ese aspecto.

-Tenías buenos motivos. Y lo entiendo. En cierto modo, yo hice lo mismo. Estaba intentando sobrevivir. Y no me gusta que me mientan.

-A nadie le gusta. ¿Por qué no me has echado?

-Además de porque sigo deseándote, porque es lo correcto. Tú sufriste por culpa de mi padre, y yo me beneficié de ello. Y tu padre creyó lo que quiso creer en vez de ver la verdad.

-Era un buen hombre.

-Tal vez, pero tenía defectos.

-Ese comentario me parece muy cruel.

-Es cierto.

-Sabía hacernos reír.

-Pues no lo olvides nunca.

-¿Qué vamos a hacer ahora? -le preguntó Calista.

-¿Qué quieres tú que hagamos?

-Estaba segura de que me odiarías cuando supieses que me había casado contigo para poder ocuparme de mis hermanas.

-¿Por qué no te casaste con otro hombre rico?

-Porque a pesar de ir a hacer algo que estaba mal, contigo no me sentía tan culpable. En cierto modo, eras responsable de que mis hermanas se hubiesen quedado huérfanas. Me dije que serían sólo seis meses, pero el problema fue... -apartó la vista.

-¿Cuál?

-Que me gustabas -dijo, frunciendo el ceño-. Y en la cama... -sacudió la cabeza-. Luego vi cómo te portabas con Pooh. Y ahora estás siendo maravilloso con Tami.

-Todavía no me has dicho lo que quieres -le dijo Leo.

Ella respiró hondo.

-No lo sé. No esperaba que fueses como eres.

Desearía que no nos hubiésemos conocido de este modo.

-Pues empecemos de cero. Permite que me presente -se levantó y le tendió la mano-. Soy Leonardo Grant, tu marido.

Ella lo miró a los ojos.

-Hola, Leonardo Grant. Soy Calista French Grant, tu mujer -y le dio la mano.

-Creo que voy a querer pasar contigo algo más de seis meses -le advirtió Leo.

-Me parece bien.

La ayudó a levantarse y la apretó contra su cuerpo.

-A partir de esta misma noche.

Dos mañanas más tarde, Leo estaba trabajando en su despacho de casa. Calista había llevado a Pooh al veterinario y él le había pedido a Meg que lo avisase cuando se levantase Tami.

-Ya se ha levantado, señor -lo avisó Meg a media mañana.

Leo fue a la cocina.

-Buenos días.

Tami lo miró.

-Buenos días -contestó con educación, pero sin muchas ganas.

-¿Qué tienes planeado hacer hoy?

-Que voy a hacer, no tengo ni teléfono móvil, ni amigos.

-Los de antes tampoco eran tus amigos. Tami se cruzó de brazos.

-Hablas igual que Calista.

-No tienes ni idea de la suerte que tienes de que Calista te quiera tanto.

-La he defraudado -admitió Tami con labios temblorosos.

-Sí, pero tienes la oportunidad de compensarla. ¿Por qué no empiezas a hacerlo?

-¿Cómo?

-Demuestra que sabes tomar buenas decisiones.

Ayuda a tu hermana. Tenemos caballos, ¿por qué no das un paseo? Y también podrías empezar algún curso por internet.

Leo se marchó y la dejó sola, para que pensase en lo que le había dicho.

Leo se marchó de viaje de negocios y volvió el jueves. Al llegar a casa, se dio una ducha y se metió en la cama. En la oscuridad, vio el contorno del cuerpo de Calista, aspiró su aroma. Y deseó tener su cuerpo desnudo contra el de él.

De repente, notó que se movía y que apoyaba una mano en su pecho.

-¿Cómo la has convencido para que monte a caballo? -le preguntó Calista. -Sólo le sugerí la idea.

-¿Y el curso por internet?
-Tal vez mencionase algo -admitió él.
-Te he echado de menos -susurró Calista.
-Demuéstramelo -le pidió él con el corazón acelerado.

Capítulo Diez

Calista se sintió aliviada al ver que Tami entraba tan pronto en una rutina. Leo había sugerido que Tami pasase un semestre en una escuela superior local antes de ir a la universidad y la adolescente había accedido.

El teléfono móvil de Calista sonó, pero no reconoció el número.

-¿Dígame?

-Soy tu detective privado personal-le dijo Rob.

-Hola Rob. Gracias por toda la información que me has enviado. Creo que no necesito más, así que te mandaré un cheque.

-Pues tengo más.

-¿Qué es? -preguntó ella a regañadientes.

-Vas a tener que pagarme mucho para que te la dé.

La cifra que le dijo Rob hizo que Calista se quedase sin habla.

-Estás loco. No tengo tanto dinero.

-Pues más vale que te hagas con él, porque si no, venderé la información al mejor postor.

-¿Me estás chantajeando?

-No, sólo quiero cobrar. Ya sabes mi número de teléfono. Llámame si estás interesada, pero no esperes demasiado -le dijo él antes de colgar.

Calista sintió náuseas. Se preguntó qué sabría Rob y se lamentó de haberle pedido ayuda. Había pensado que era un profesional, que tenía ética.

No sabía el qué, pero tenía que hacer algo.

Esa noche, después de ver una película con Tami, Calista fue a tomar una copa de vino con Leo e hizo acopio de valor.

-No te lo había comentado, pero necesitaría firmar un par de cheques y ahora que no trabajo ...

-Ah -dijo él sin darle importancia-. Abrí una cuenta a tu nombre antes de que nos casásemos, no te lo he dicho antes porque no querías gastar mi dinero. Supongo que tienes que pagar la matrícula de Tina, ¿no?

Ella asintió.

-No te preocupes. ¿Algo más?

-Tal vez.

-¿El qué?

-Esto es muy extraño.

-¿El qué?

-Cuando ayudaste a tu padre, ¿hiciste algo después de haber cumplido los dieciocho años?

-No. Me escapé. No me gustaba lo que hacía.

-Pero has cambiado. Mira en lo que te has convertido.

-¿En qué me he convertido? -quiso saber él.

-En un hombre. Te responsabilizas de tus actos.
Eres activo e inteligente, y, aunque no lo creas, tienes un gran corazón.
-Yo no estaría tan seguro de eso último.
-Mira todo lo que has hecho por Tami. Y por nuestro matrimonio.
-Hemos hecho un trato -le puso la mano debajo de la barbilla-o Me importas. Te deseo. Te cuidaré, pero no esperes un cuento de hadas. Los dos sabemos que no va a ser así. No lo olvides y serás más feliz.
Calista se preguntó si Leo sería capaz de amar. ¿Por qué le importaba? Porque lo quería y no era correspondida. Yeso le dolía.
-¿Calista? Estás de acuerdo conmigo, ¿verdad? -le preguntó él, frunciendo el ceño.
-Te entiendo.
-No evadas mi pregunta.
-¿De verdad quieres discutir temas emocionales con una mujer a estas horas de la noche?
-No -dijo él horrorizado.
-Entonces, vamos a la cama.
A la mañana siguiente, Calista llamó a Rob.
-¿Tienes mi cheque? -le preguntó éste.
-Sí, pero antes quiero que firmes un documento que dice que no compartirás ninguna información acerca de mi padre ni de Leo con nadie más -le dijo ella con firmeza.
-Está bien, en el Liberty Bar a las cinco y media.
Rob llegó al bar media hora tarde.
-¿Dónde te habías metido? -inquirió Calista.
-¿Tienes el cheque?
-¿Y tú la información?
-Te estás poniendo muy pesada -dijo él sacando un sobre de papel Manila-. Primero, el cheque.
-Primero, firma esto -replicó ella, sacando los documentos-, si es que quieres el dinero.
Rob firmó el documento y las tres copias. Intercambiaron el cheque por el sobre y Calista se levantó y se marchó. Condujo hasta casa con el sobre encima del asiento del copiloto. Era de noche cuando aparcó en el garaje y le sorprendió ver que el coche de Leo ya estaba allí.
Tomó el sobre y entró en la casa, que estaba en silencio. George le salió al paso en la entrada.
-Señora Grant, ¿dónde ha estado?
-Fuera -contestó ella, sin gustarle el tono de George-. ¿Y usted?
-El señor Grant la estaba buscando. La espera en su habitación.
-Gracias.
Al llegar, Leo la recibió con los brazos en jarras.
-¿Dónde has estado?

-Fuera -respondió ella.

Leo se giró y dejó unas fotografías encima de la mesa que tenía al lado.

-Ya veo que has vuelto a quedar con tu amigo.

-No es lo que parece. Tienes que creerme.

-¿Por qué? No haces más que mentirme.

-En ese caso, nunca sabrás en qué me he gastado cien mil dólares tuyos. Aunque no sé por qué lo he hecho. Sólo sé que le he hecho firmar a Rob un papel para que no difunda la información.

-¿De qué demonios estás hablando? -le preguntó Leo con el ceño fruncido.

-Rob me dijo que tenía información acerca de ti, algo importante. Y que tenía que pagada. Por eso te pedí dinero.

-¿Qué tipo de información? Calista abrió el sobre.

-Vamos a averiguado.

Leo empezó a leer el informe con escepticismo.

Según el detective de Calista, su nombre real era Leonardo Medici y tenía tres hermanos. No tenía padres. Su padre había fallecido en un accidente ferroviario en el que él también había estado, pero había salido despedido con la explosión y una mujer se lo había encontrado y lo había llevado a su casa. Había sido entonces cuando Clyde se había convertido en su padre adoptivo.

-Oh, Dios mío -susurró Calista-. Sobreviviste a un accidente de tren, no de coche.

-No podemos estar seguros.

Calista levantó el informe y vio que detrás había fotografías de sus hermanos.

-Míralos. Son iguales que tú. Son tus hermanos.

Tienes que llamados. Se pondrán muy contentos cuando sepan que estás vivo.

-¿Cómo puedes estar tan segura? -preguntó él, sacudiendo la cabeza-. ¿Qué voy a decides? ¿Que fui un delincuente en el pasado y que, en la actualidad, mi matrimonio es una farsa?

Calista se puso pálida.

-¿Eso es lo que piensas de nuestro matrimonio?

Pensé que estábamos de acuerdo en empezar de cero. Creí que íbamos a construir algo real.

Leo se levantó. Se sentía abrumado con las noticias acerca de su familia. No quería creérselas. No confiaba en Calista. No quería contar con ella. Había aprendido a no confiar en nadie.

-No recuerdo a esos hermanos, para mí no son reales. ¿Por qué debería ponerme en contacto con ellos?

-Porque son tu familia -insistió ella-. y, según este informe, quieren encontrarte.

Leo se acercó a la ventana. Aquello era lo que siempre había soñado, pero él había cambiado, y no precisamente a mejor.

Calista le tocó el brazo de forma cariñosa.

-Leo, sé que tuviste una niñez horrible después del accidente, pero ahora eres una persona increíble. Te has convertido en un hombre del que podría enamorarme -confesó-. Un hombre del que ya me he enamorado.

Aquello lo sorprendió, pero no pudo aceptarlo.

-Estás confundiendo el agradecimiento con el amor, Calista.

Ella retrocedió, sacudiendo la cabeza. Tenía lágrimas en los ojos.

-Calista -dijo él, acercándose.

-No. No digas nada más -susurró ella antes de salir corriendo de la habitación.

***

Esa noche no fue a su cama y Leo tampoco la buscó. Se quedó mirando el techo y pensando en el informe del detective. Su apellido real era Medici. ¿Qué habría sido de sus hermanos? Había dejado de leer el informe a la mitad, así que se levantó y continuó por donde lo había dejado. «Damien Medici, 35 años, casado, presidente de su propia empresa. Rafe Medici, 33 años, casado. Un hijo y otro en camino».

Juró entre dientes. No conocía a aquellas personas.

Aquello no era real y nunca lo sería. Metió el informe en un cajón y miró el reloj. Eran las cuatro de la madrugada. Ya que no podía dormir, decidió irse a trabajar.

Cuando volvió por la noche, Meg salió a recibirlo, pero Pooh, no.

-¿Dónde está el perro? -le preguntó a Meg.

-La señora Grant se lo ha llevado con ella. Se ha

ido esta mañana y ha dicho que no sabía cuándo volvería. ¿Le digo al chef que prepare su cena? -Sólo un sándwich. Estaré en mi despacho.

Y se marchó con un nudo en el estómago. Calista se había ido. Y Tami. Y Pooh. Calista no respondía al teléfono. Era probable que se hubiese marchado para siempre.

La idea le dolió y la sensación, lo sorprendió.

Juró entre dientes. La amaba.

***

Dos días más tarde, Leo se sentía como un muerto viviente. Había dormido muy poco por las noches, pensando en Calista y en su familia.

Estaba en su despacho cuando su secretario le dijo que había recibido un mensaje de Meg, diciendo que había un problema y que debía llamarla lo antes posible.

-Estoy ocupado. ¿Qué ocurre? -le preguntó a su secretario.

-No estoy segura, señor. Sólo sé que parecía disgustada. He intentado llamarla por teléfono, pero no contesta. ¿Quiere que localice

a George?

-Sí -contestó Leo.

De muy mal humor, Leo volvió a casa, nada más atravesar las verjas vio una limusina aparcada delante. Subió las escaleras que daban a la puerta principal. La casa estaba completamente en silencio. Meg no salió a recibirlo. Entró y vio a Calista.

-¿Qué estás haciendo aquí?

-Fastidiarte -contestó ella.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Leo, confundido.

-Ya sabes lo que dicen, que si Mahoma no va a la montaña, la montaña tiene que ir a Mahoma.

-Sí. ¿Dónde has estado? ¿Por qué te marchaste?

-Tuve que hacerlo. Si de verdad te quería, tenía que hacerlo.

-No te entiendo. ¿Has venido para quedarte o no?

-Tal vez seas tú quien me eche dentro de poco -murmuró-. He llevado a Tami y a Pooh a casa de mi prima y después he ido a Atlanta a buscar a uno de tus hermanos. Te están esperando en el salón.

-¿Todos? -inquirió Leo con incredulidad.

Leo se preguntó cómo había podido tener tanta suerte al conocer a Calista.

-Ven aquí -le dijo-o Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. No vuelvas a dejarme nunca.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

-Leo, no digas eso si no lo sientes.

-Lo siento. Jamás pensé que podría amar a una mujer como te amo a ti.

Y la besó.

-Ahora, tengo que ir a conocer a mi familia -dijo, y unos segundos después entraba con Calista en el salón.

Allí los esperaban tres hombres con pelo y ojos oscuros.

-No me acuerdo de nada -anunció Leo, sintiéndose obligado a decírselo.

-Ya lo saben -intervino Calista.

Uno de los hombres avanzó hacia él.

-Soy Rafe -le dijo, tendiéndole la mano.

-Ya lo sé -contestó Leo-. He leído el informe. Y creo que lo he memorizado -levantó la vista-. Vosotros sois Damien y Michael.

-Nos alegramos mucho de que estés vivo -le dijo Damien.

Epílogo

El día de Año Nuevo los hermanos Medici, todos los hermanos, se reunieron en casa que tenía Michael en Gran Caimán para celebrado juntos y relajados, en el Caribe.

Rafe jugaba con su hijo, Joel, y tenía a la pequeña Angelica en brazos. Su esposa, Nicole se la llevó para acostada.

-Qué ganas de que tengan primos -comentó Nicole, sonriendo a la esposa de Damien, Emma, que estaba embarazada de seis meses.

Michael, que estaba sentado al lado de Leo, levantó su cerveza.

-Por Damien y Rafe por cumplir con sus obligaciones como padre -acarició la pierna de su mujer-. Bella y yo no tenemos prisa.

-Yo... tenía algo que decirte -dijo ésta compungida.

-¿El qué? -le preguntó él, confundido.

-¿Te acuerdas de que creía que tenía un virus?

Bueno, pues creo que la enfermedad va a durarme nueve meses y que a ti también te va a tocar aprender a cambiar pañales. Estoy embarazada.

-¿Embarazada? -repitió Michael palideciendo.

Damien rió.

-Por Michael, futuro tío y padre.

Todos levantaron sus vasos para brindar.

-Debe de ser el agua -comentó Leo-. Será mejor que nosotros tengamos cuidado.

-Tal vez sea ya demasiado tarde -susurró Calista.

-¿Qué?

-No lo he sabido hasta anteayer -añadió ella.

-¿Y por qué no me lo has dicho?

-Porque no he encontrado el momento.

-¿Y cómo estás? ¿Te parece bien?

-Sí. No se me ocurre nada mejor que empezar una nueva vida con el hombre al que amo más que a nada en el mundo.

-Eh, Leo, deja de coquetear con tu mujer.

-Creo que vamos a tener que hacer otro brindis -anunció Leo-. Calista y yo también vamos a ser padres.

Leo brindó con sus hermanos y con Calista.

-Gracias por haberme dado todo esto -le dijo a su esposa-, pero, sobre todo, gracias por haberte dado a ti.

Fin